

E S T
A C I
Ó N
P O E
S Í A

Amalia Bautista [3] Sara Torres [4] Jenaro Talens [6] Sergio Astorga [8] Carmen Garrido [9] José Luna Borge [11] Ernesto Frattarola [13] José María Banús [14] Francisco Gálvez [15] Cecilia Quílez [16] Miguel Mas [17] Alejandro Lérida [18] Juan José Vélez Otero [19] Antonio Manilla [21] Pedro P. Sanz [22] Ballerina Vargas Tinajero [23] Benito del Pliego [24] Sandra Sánchez [26] Verónica Aranda [28] Efi Cubero [29] Ernesto Pérez Zúñiga [30] José Carlos Rosales [31] Jesús Beades [33] Ezequiel Zaidenweg [34] José de María Romero Barea [35] Isabel Cadenas Cañón [36] Fabio Morábito [37] Victoria Guerrero Peirano [38] Rocío Cerón [39] Constantino Molina [41] Chus Pato [42] Enrique Baltanás [44] Miguel Floriano [45] Pedro Serrano [46] Chantal Maillard [47] Francisco Socas [48] Susana Benet [54] Luis Bagué Quílez [60] Antonio Praena [60] Daniel García Florindo [61] Aitor Francos [63] Rodrigo Olay [64] Francisco Barrionuevo [66] Álvaro Valverde [67]

Amalia Bautista

QUITAMIEDOS

Construyen una casa a espaldas de la nuestra.
Dedican esta tarde a poner barandillas
en todas las terrazas.
Quitamiedos las llaman en algunos lugares.
Empiezan por el piso más alto.
De lejos los obreros me regalan
su más blanca sonrisa.
Y yo no sé dejar de sentir ese miedo
que me robó la infancia,
ese vértigo ajeno de mirarlos
casi flotando en el vacío
sin nada que detenga la caída,
sin nada que amortigüe el temor al abismo.

Sara Torres

NACIMIENTOS

*Un hombre de carbón y una mujer de rábano
no dan nacimiento a ningún niño*

A. Frédérique

Una mujer de clavo y una mujer marina
Dan nacimiento a una niña morena de óxido

Una mujer solsticio y una mujer camomila
Dan nacimiento a una niña sabiamente dormida sobre el pasto

Una mujer encantadora y una mujer serpiente
Dan nacimiento a un libro

Una mujer galerna y una mujer raíz
Dan nacimiento a una niña semilla de sicomoro

Una mujer sol negro y una mujer de charco
Dan nacimiento a dos niñas de cristal

Una mujer cantora y una mujer muda
Dan nacimiento a una niña llorona

Una mujer ciega y una mujer maga
Dan nacimiento a una niña oráculo

Una mujer tropical y una mujer duende
Dan nacimiento a una niña madre selva

Una mujer sorda y una mujer presumida
Dan nacimiento a una copia de sí mismas

Una mujer reina de las amazonas y una mujer chamana
Dan nacimiento a una niña valiente

Una mujer avara y una mujer meseta
Dan nacimiento a una niña rosa de Jericó

Una mujer como tú y una mujer como yo
Damos nacimiento a todas esas niñas

Jenaro Talens

CALIGRAFÍAS DEL APRENDIZAJE

En la escuela del barrio, al pie del Albaycín, bajo la imagen de un crucificado, la lengua de los niños se ejercitaba en repetir las sumas y las restas sin entender las multiplicaciones; y al entonar las salves y los padrenuestros, el maestro llenaba la pizarra con signos extraños, letras, palabras, números, un mundo nuevo hecho de disciplina y tizas de colores que inauguraba así cada mañana. Luego, en el patio diminuto, jugábamos al corro al lado de una higuera manchada con el gris ceniciento de los camarices. Desnuda, la intemperie, tomando el cielo por asalto, nos obligaba a ser tan inocentes como la luz efímera del día.

VARIACIÓN Y FUGA

Era quizás un bosque de sonidos, no muy distintos de los que escuchaban asomados a la cornisa del atardecer. Todo estallaba de repente, como en las fiestas de su aniversario. Tras los deberes, al volver a casa, sin que importase la estación del año, la ineludible clase de solfeo. Redondas, blancas, fusas, semifusas. Un respirar de mitos infantiles bajo la luz de soles ulcerados por su excesiva claridad. Beethoven, *Allegretto*, *Séptima sinfonía*. En la pequeña habitación el tiempo goteaba como la lluvia en un reloj de arena. Luego otra vez las voces sumergidas en la tristeza del rosario, la melancolía con que un sinfín de noches recurrentes lloraban al dictado de Rachmáninov y vuelta a las labores y el aburrimiento de un mundo congelado por la sinrazón. Cerrado el álbum, un silencio en ruinas le informa de un paisaje que nunca existió.

A PLENA LUZ (Y PLENA OSCURIDAD)

La misma luz de siempre se reclina sobre una oscuridad recién regada con la parsimoniosa lentitud de quien frecuenta a solas el jardín. Los bojes no son quizá como los recordaba, pero no importa; por los arriates yacen desperdigadas hojas secas de pensamientos y de trepadoras. No es el bosque encantado que esperaba encontrar. Oye un tic tac hasta ahora inadvertido y el viento de la tarde, tras de los cristales, mueve las ramas de los árboles. Son tantos años de memoria inmóvil, todo se ve tan diminuto. Mientras, en el alféizar, sus dedos tocan el frescor del vaso donde unas flores mustias, irreconocibles, se desparraman ávidas de sed.

Sergio Astorga

ATAJO

Se ataja con la mano la desnudez.
La serpiente original se descarna
y tú y yo, a cara limpia,
perfilamos la luz de la lámpara.

En punto muerto nos deslizamos;
equidistantes los murmullos.
Los rincones extraviados.
ondulan, sueltan su máscara.

El aire devora la placidez.
La brújula busca la misma rosa,
y la mano, extraviada,
se planta en extraño hemisferio.

En el fondo siempre comenzamos,
rutinarios, ensimismados.
Con el mismo rapto furioso
cuando la noche acecha de tan parda.

Carmen Garrido

CUANDO SE ENCIENDEN LOS DEUDOS EN LLANTO

Así es como termina el mundo, no con una explosión, sino con un lamento
T.S. Eliot

(me) Pido perdón porque el estiércol haya colmado mis pechos hasta convertirlos en bosta adecuada para los rumiantes

(me) Pido perdón porque una bacteria me llevó a pronunciar la palabra papá antes de tiempo, entre animales obscenos que perfundían los cojines que me sujetaban, sala turbia de maternidad, esperando cobrarse la vida de la niña en tránsito

(me) Pido perdón por elegir siempre las lilas blancas, símbolo de la sumisión y la cabeza agachada en la palangana de las confesiones

(me) Pido perdón por haber sido caudillo de un ejército inservible, donde las goteras hacían mella en la infantería, tan débil, tan exquisita, que se agotó antes de ponerse el peto

(me) Pido perdón por no haber entablillado ambas piernas, a la diestra, a la siniestra, y gozar el día al calor de la sopa de maimones, los tres vuelcos del cocido, la aparente blandura de la telera no miñosa

(me) Pido perdón por haber incitado a los años al canibalismo, a no contarme entre sus víctimas, a no apiadarse de la mujer no vivida, de sus días, de sus instantes

(me) Pido perdón por no celebrar funerales con anticipo, pegando la nariz sobre la del futuro cadáver, para comprobar el oxígeno en evasión. Por no servirles los crisantemos, las calas y esparcir sus cenizas, como si fueran majada de bestias

(me) Pido perdón por no haber cavado a tiempo esas tumbas donde la grasa de los traidores se expandiría bajo el aburrimiento de la jauría, azuzada sobre los restos, como el último hueso de Enrique VIII

(me) Pido perdón por haber orado por las polillas que volaban sobre aquellas almas que olían a cincha de caballo, mientras la tanza con que embridar la mía moría entre la boca del salmón

(me) Pido perdón por haber amado sin seguir las leyes de Darwin, por haber depositado en la puerta de la incluso los afectos y los deberes que demanda la propia piel

(me) Pido perdón por haber convertido los labios en matambre, untuoso y dorado, atado con la cuerda que no le permite escapar: para no afrentar, para no herir, para no hacer doler. El cactus nació en mi boca como hijo del matambre

(me) Pido perdón por situar en la placa de Petri antes al virus que a la rata de la peste, antes a la necrológica del escarabajo que a la muerte dulce de Szymborska en Cracovia

(me) Pido perdón por todo aquello por lo que no (me) pediré perdón. Por lo olvidado, lo entretejido, lo enterrado, lo callado, por todo lo que sigue extendiendo sus raíces, amenazando con derribar esta casa, encenagando sus sótanos sin barricas añejas ni cadáveres que esconder

(me) Pido perdón por la falta más grande con la verdad. La que niega (aunque digan que huelo a clavo, aunque el cordón umbilical rodease mi cuello, aunque lleguen postales a mi nombre) que el mayor pecado es convertirse en invisible por obra y gracia de tu palabra.

José Luna Borge

LAS LÁMPARAS DEL TIEMPO

La vida nos arrastra a la frontera,
al limes de un imperio que es de humo,
ese muelle de brumas tan lejano
que llega y está ahí sin darnos cuenta.

Ya casi nada queda,
solo tú con la vida y el pasado
que vuelve y se hace grande de repente.

“No,
aquí ya no queda nada
de nosotros”,
decías
después de la visita a aquella casa
abandonada en la memoria.
Sin embargo, no habías apuntado
nada de aquellos días
en la libreta negra que llevabas
siempre contigo,
de la misma forma
que evitamos trazar las circunstancias,
los elementos íntimos de nuestra
vida por la sospecha de que cuando
están bien recogidos en papel
ya no nos pertenezcan.

Hay centinelas apostados
en las encrucijadas del camino

Ernesto Frattarola

ECLIPSE

Leo: muevo la piedra
de mi propio sepulcro.
Y lo encuentro vacío.

Busco una luz: escribo.
Y me inunda la noche.
Y el sepulcro se cierra.

José María Banús

...et tout est un désert.
Alphonse Lamartine

Además de mí, y de un mundo decapitado
por el instinto plácido de acicaladas medusas,
quiero que bebas, amor,
temperaturas en zarza frágil de unos labios no inventados aún,
párvulos, esquizofrénicos
sin dicha venidos a ti de no sé qué imperio tártaro o pureza.
Frenéticos del verso milenario
comulgan tu regreso dorado hacia Ítaca la dormida. Mira mi amor, observa
y canta esos mil varetazos suicidas
que bailan por tu espalda sin vida electrónica, los raíles,
los cosechados violines de histérica templanza,
abriles copulando mares persas
hecho jirones o guepardo o inercia última o balcones de luz de una gimiente seda.
Quiero que vengas nacida ya poema, suavemente
como cogida del brazo
ajeno casi humano, un abrazo argonauta de limitada coherencia
más allá de los jardines colgantes del verso milenario,
veinte versos de dolor acetileno
a los que todos le debimos, sin omisión,
el acorde ya catódico de los sueños pulsados.

Francisco Gálvez

CORTOMETRAJE COTIDIANO

De Gilda a El color púrpura

Primer plano del rostro de una mujer huyendo por un bosque.
Arrastra la corteza de un árbol milenario
y su piel se queda en la vegetación.
No sabe si resistirá
su cuerpo entre arbustos.
Camina sola,
nadie la ve,
y el día es luminoso.
Ella piensa en algún bosque donde quedarse un tiempo
y camina por una débil claridad.
Lleva la fuerza de la mirada
entre los muros: el rostro que huye
y otros ojos de mucho tiempo la siguen.

¿Llegará a tiempo al lago?

Cecilia Quílez

Del murmullo al silencio
Del fruto a la rama huérfana
Del granizo a la sed
Del arco al iris

De ti para nos
La palabra no sabe de medidas
Está en celo eternamente
Como una despiadada primavera

Miguel Mas

LA SOLEDAD DEL INSTANTE

No se deja pensar como un vacío,
y es ocioso creer que ocupa el centro,
la gravedad de un cruce de caminos,
para así darle un orden más perfecto:
al agua y no a la roca se aproxima,
porque en el agua es lo exterior reflejo,
rotas alas de un tiempo descompuesto
como barcas que van a la deriva,
pequeña reunión de astros sin luz
que giran desnortados a su orilla,
creyendo que entre tanta plenitud
nunca más ha de amanecer el día.

Juan José Vélez Otero

UBI SUNT

En esta ciudad no han cambiado mucho las cosas.
En esta ciudad se ha parado el tiempo, se ha parado la luz
como quedó parado el color en las fotos antiguas,
como quedó parado el silencio en el primer reloj que tuvimos de niños
y que ahora guardamos en el mismo cajón donde escondemos
los objetos varados del fracaso: las momias dormidas
de nuestros recuerdos fríos. En esta ciudad aún quedan tejados en ruina
donde crece el jaramago y anidan los vencejos. Esta tarde,
paseando por la plaza, oyendo cómo vuelven las cigüeñas,
me ha llegado la noticia.

Llegaba usted desde el norte,
y a menudo nos hablaba de sus pueblos de pizarra,
de los otoños de luz en las montañas verdes. Yo callaba en la clase
como mirando una diosa de aquellas mismas de las que usted hablaba
cuando explicaba Hesiodo, cuando explicaba a Ovidio,
las blancas ninfas de los poemas de Garcilaso, las mujeres fatales
de los poemas de Bécquer... Allí estaba usted, con su voz de Circe
hablándonos de sueños, de ascética monacal, hablándonos
de leyendas y de héroes, de siglos y batallas, de páramos nevados
y cumbres de ventisca, de los campos antiguos, de nobles y de reyes;
nos hablaba de gestas y trágicos amores, de cosas imposibles
que no eran de mi mundo. La amé en el silencio
de aquella clase sombría y apagada que usted llenaba de luz,
en la calidez y desolación de mis deseos, en el patio anunciante del estío
cuando estudiaba a la sombra de la parra vieja, en la mesa fría y triste de luz
de mi cuarto de invierno. Me he acercado al Instituto este sábado veinte
de febrero limpio en que terminan de florecer los almendros.
La fachada está igual, la misma puerta, el envejecido escalón de mármol blanco,

las mismas rejas herrumbrosas y las mismas ventanas por donde la luz entraba en las lejanas tardes de octubre que olían a cuadernos amarillos, a gomas de borrar de nata y fresa, a pupitre pobre de madera y tinta. Todo está igual desde entonces, pero un sello de tiempo, intransitable y lóbrego, oculta una verdad atroz y fría. Todo igual, menos usted que ya no está, menos usted y yo, que ya no estamos; yo, en la soledad de esta habitación donde recuerdo; usted, en el silencio de su cementerio pequeñito y lóbrego de un pueblo entre montañas. En esta ciudad no han cambiado mucho las cosas. El tiempo se paró y yo me acomodé a la tristeza. Por mi ventana miro, y veo el paseo ya a esta hora solitario con sus moreras grandes y la rumorosa fuente que lleva años enteros brotando del olvido. En esta ciudad no han cambiado mucho las cosas, pero ha pasado el tiempo dejando en nosotros una pátina amarilla, un aroma irrespirable a enredaderas mustias, el olor atufante y severo del fracaso. Estoy triste y hablo solo. Es lo que pasa cuando uno está triste, que habla consigo mismo. O con los muertos. ¿Ubi sunt, doña Blanca, dónde están, dónde están, dónde están aquellos días?

Antonio Manilla

CASI UN ESPECTRO

*La primera edad que se creó fue la de oro.
(...) Su primavera era eterna.*
Ovidio

Su verde que en invierno,
contra la nieve, representa todo
el colorido en esta tierra fría,
es una voz que evoca
ensoñadoras gaitas, juventud,
ríos creciendo con la noche.

Verde sin aspavientos de los pinos
en soledad, presencia ausente y vestigial,
heraldo temerario:
primaveras que no se atreven a anunciarse
se encomiendan seguras
al latido perenne de tu fronda.

Más tarde te trasmutas invisible
en la sazón de todo, casi espectro
cuando arden en los brotes
los pájaros hambrientos de la luz,
iluminando el mundo.
Tan pura inexistencia silenciosa.

Nadie mira los pinos en verano.

Pedro P. Sanz

RAZÓN DE LAS ISLAS

Como animal antiguo permanecen,
esperando el regreso del huído.
Forman un alfabeto
sobre las aguas, un lenguaje arcano
de voces primigenias.
Cerrar los ojos y ver sólo el mar,
parpadear y comenzar de cero
acariciando la espuma inocente
que mide sus orillas.
Fueron, calladas y pacientes,
puertos donde arribar desnudos.
Serán, andado el tiempo,
amantes generosas de cálido regazo
donde acunar la yerma incertidumbre.

Ballerina Vargas Tinajero

CORTEJO

Leyendo los cuentos de Leopoldo María Panero

Enciendo la luz del porche
Porque llevo un rato leyendo a oscuras
Con ojos cansados que intentan anclar
 inútilmente
Los últimos rayos de luz fugitiva
A las páginas del libro

Al reclamo de la bombilla acuden
En silente romería
Un puñado de mosquitos
Cuatro polillas
Dos lagartijas
Y otros bichos anónimos

Y algo en el ambiente
Hace que me pregunte
Si es la luz quien los llama
La fuerza oscura la locura
De la palabra entreabierta en mi falda
O el olor a muerto

Benito del Pliego

NOTAS SOBRE UNA AGENDA EXTEMPORÁNEA

19 de febrero

Proyectos de continuidad: frutos de un esfuerzo lleno de oes; *rotten* en inglés significa raíz.

Recuperar el deseo de cavar, de adentrarse en ella, de basar.

Pero esto también es señal que avista lo que *Yō* quiso alcanzar, la huida.

Que le sobrepase lo que le tenga que pasar.

23 de febrero

Debiera haberte servido de aviso: no hay calma, la inestabilidad es el refugio; la plaga mató 72 gallinas y 53 conejos, se agrió tu vino, el agua se llevó los puentes; se te descosió la suela, tu dios es ídolo de una religión horrenda; habitas la tierra que anhela un cierto señor. Olvidaste la norma: este rey gira y no suelta la espada para comer ni vomitar, ni para condenar ni dar las gracias.

Lo que se muere en ti es más pequeño que un roble, menos que las manzanas que se come el pájaro. Veleta, tu zozobra es camino para el viento.

16-18 de marzo

“En el transcurso de un segundo canta el mundo” Oí decir, con voz de eternidad, en la estancia de la abuela. Se escucha su discurso en la casa comunal, que es la casa del decir.

Desdentada como un olivo, inmóvil; algún fuego tuvo que tener, porque se ríe y cuenta, algo sabe aún. Con todos habla por igual, viva o muerta.

En la pared de la cocina, en el espejo de las cataratas, en su obsesiva obesidad. También se encuentra allí la soledad de quien os habla.

23 de marzo

Impredicible intento. Lleno de tormentas que arrasan. En la hoja del huracán veo casas y tiendas, restaurantes, y ropa de menaje.

Yo mismo giro, aspirado por su poder, surfista o sufí, junto al misterio sacrificado y el pollo de la amistad.

Qué gire también la estrangulación, donde quiera que aterrice algún claro quedará: mi advenimiento.

Sevilla, 24 de octubre (2006)

¿Qué hacer con este cúmulo de escombreras? No sé cómo otros, ladrillo a ladrillo, alzan su torre. El adobe apenas se eleva. De las cigüeñas, la condecoración de su excremento.

Algunos me dicen: muy fría, no encuentro voz que la haga tuya.

Es cierto, apenas cambia. ¿has visto con qué afán alejan las hormigas la arena del nido? Por más que lo subo, el termostato no cambia. Dice Allison que nevó. Deberían hacer un viaje a las montañas.

Si recogiésemos los huesecillos desperdigados por las cunetas podríamos crear otra escala desde la que contemplar el mundo. ¿Qué forma tendrían desde allí estas palabras?

Sandra Sánchez

DELIRIUM TREMENS

Creo que necesito un trago.

Casi todos lo necesitan, solo que no lo saben.

Charles Bukowski

Tengo la mala costumbre
de emborracharme cada noche
con brebajes de poemas;
de sacarle tajada a las metáforas
hasta la ebriedad más absoluta;
de beberme, sediento y sin medida
las palabras compuestas
—como si no fueran aguardiente—
Me gusta darle tragos largos
a la sílaba tónica mezclada
con ginebra y contemplar
el diptongo de los hielos
derretirse.

A veces trastabillo entre renglones
la torpeza temblorosa de mis manos
y al destello refulgente del morfema,
mis ojos enrojecen.

Y es entonces cuando escondo
mi rostro avergonzado
al abrigo de la hache intercalada
del alcohol.

Sé que no hay remedio,
que no soy más que
un remedo de mí mismo.

Y soy un borracho, sí, lo reconozco,
un borracho que está siempre

con la misma cantinela de intentar
dejar atrás un pronombre personal
sin conseguirlo;
pero soy también,
—no se te olvide—
uno de esos que a pesar
de lo que pase o lo que no,
siempre ven el verso medio lleno.

Verónica Aranda

LATITUDES ATLÁNTICAS

Esta es una ciudad donde el deseo
ha anidado en las anclas.
Hay una culpa antigua que expiamos
en salones de té donde es posible
construir territorios de silencio y berilo.

Se fue el transbordador de media tarde,
pero el humo azulado da paso a una memoria
cimentada en el gesto de empezar crucigramas.
Memoria huidiza, frágil
de los hombres que vienen a olvidar.

Aquí el miedo circunda unos posos de té.
Latitudes atlánticas
donde no renunciamos al abismo.

Efi Cubero

ECUACIÓN

Una ecuación forjada en la armonía.
y en la incredulidad
me acerca a este recinto inagotable
que crece con los años y a la vez
se adelgaza.

Orgánica y secreta, esta naturaleza
de las cosas, la de mi propio yo,
todo ceguera,
lo que no impide a veces que vislumbre
la verdad constatada
de esta iluminación que nunca obtuve.

Ernesto Pérez Zúñiga

Me pregunto si es el muerto que habita el comedor
el que afila la rabia,
el que me hace mirarla como si no viera más que un telón
infranqueable,
y no sus ojos tristísimos que me desesperan de impotencia,
como si la nieve pudiera rehacerse después de derretida
o alzar un muro duradero con un resto de viento.
El amor es así, aire
firme.
Ocupa el hueco de un árbol vacío.
Me asomo
a quien vive dentro.
Quién habita la madrugada.
Es el tejón que acapara cortezas.
Es la garduña que secuestra los cachorros del topo.
Es la niña envuelta en un abrigo de sombra.
Hace frío, ¿verdad? También yo lo tengo.
Déjame hacer un ciervo de luz, prender las ramas.
Seré otro árbol en ti.
Las raíces buscan el infinito contigo.

Jesús Beades

DONDE DESACONSEJA LA FELICIDAD DOMÉSTICA

Y yo, que no soy más
–rebotando humildad, como verás–
que un poeta menor que ganó un premio,
apenas conocido por el gremio,
de formación escasa,
que adeuda coche y casa,
católico según los suplementos,
de pecados baratos -y sin cuento-,
guitarrista de rock los fines de semana,
y de lunes a viernes, currante con desgana,

sin embargo, la vida va, y me acosa
con la felicidad más vergonzosa:

es un agotador, constante,
ruidoso, bullicioso, exasperante
(escribir adjetivos, sí que escribo)
montón de gozo concentrado y vivo,
que me espera chillando cuando asomo
por la puerta de casa, y me desplomo
intuyendo la cena de aromas deliciosos,
en medio de juguetes y besos pegajosos.

No merece la pena, compañeros.
Os lo digo con ánimo sincero
y ninguna ironía:
que así no hay quien escriba una elegía
ni pose, melancólico y profundo,
para una foto de *El Cultural* de *El Mundo*.

Ezequiel Zaidenwerg

MARABUNTA

Marabunta de Dios, puñal de sol,
que rasgás todo con tu punta y sal-
picás de sal y miel, como un narval
del aire, tengo sed.

Dame tu alcohol,
enredame otra vez, abrí el verano,
si sabés, porque sí. Ciclón de arena,
que hacés pasar tu enjambre por mi vena,
dame hambre, haceme cabalgar en vano
si amerita. Yo creo.

Marabunta
de dos, que sos deseo que despunta
el día, se hace peste cuando obra
y más, en su porfía, si zozobra:

yo también soy fugaz y en marcha, y pido
de vos la paz de ser mi propio nido.

José de María Romero Barea

UN MÍNIMO DE RACIONALIDAD UN MÁXIMO DE ESPERANZA

XVII

i

Esta tarde
no quiero hablar de otras
pasadas o futuras
sino de esta
edición
facsimil del tedio
cuidada
despojada
de erratas

ii

El entramado
los personajes
las anécdotas

Lo mismo
los monto que los desmonto
con el raro orgullo
de lo nunca empezado
(ni por lo tanto
acabado)

con la solidez
que comunica el trabajo
no realizado frente a lo tangible

Isabel Cadenas Cañón

OCIO (VII)

A una ciudad a un cuerpo a veces se regresa.

Habías medido los pasos hasta aquí
—nunca es casual llegar a un país armado de banderas.
Habías trazado el recorrido
esperabas
la misma extrañeza en el cielo
llamar a un timbre y saber que ninguna puerta va a abrirse
automáticamente doblar hacia el café de su esquina
hasta esta noche esperabas
y está todo exacto, ahí fuera, en su lugar

tú no.

Entonces el barrio terminaba aquí.
No había nada más allá de esta iglesia
que ahora podría ser cualquiera

Entonces, el barrio, terminaba aquí -te repites pero ni así logras
convocar un ritual doméstico
una revelación mínima para esta boca de metro
que tantas veces fue huida
y ahora sin embargo
has cruzado
despacio
o deprisa
no sé
como si nada.

Es mentira. Los lugares no tienen memoria.

Fabio Morábito

DOS POEMAS

HAY ÁRBOLES que nacen para bosque
y otros que son un bosque sin saberlo.
El árbol ignora el bosque
y el bosque tal vez ignora el árbol,
lo único que sabemos es la raíz que escarba
y la rama que también escarba,
una en su cielo de barro,
la otra en su cielo de nube.
La vida es escarbar y a cada cual su cielo.

ESCRIBO prosa mientras junto
valor para los versos,
escribo prosa para que los versos
se escriban casi solos,
escribo prosa mientras pienso
en la tristeza de los surcos.

Cuánta prosa para juntar
valor para los versos,
cuantas palabras
hasta el final de cada línea
para atreverme a romper filas,
lanzándome al desierto.

Victoria Guerrero Peirano

VISIÓN DEL SURFISTA

Los surfistas ingresan al mar
No tienen miedo de la tenebrosa Ola
Se zambullen y chapotean supersónicos de felicidad

Toda mi vida he vivido al borde del acantilado
Allí se surfea siempre al lado del tiempo
mientras el aliento del mar se hunde entre sábanas frías

Pero siempre queda uno en la orilla
Uno que canta a media voz
Me sonrío y le sonrío
Y enseguida desaparece entre las aguas espumosas

Quién sabe si en su ascenso nos volvamos a encontrar

Rocío Cerón

CINCO MOVIMIENTOS EN UN GESTO DE AIRE

12:56

Sobre pliegues la edad, curso de tiempo que anticipa: la vida, lo que se estabiliza, lo que se desestabiliza (en la contracción ya se anuncia una historia, realidad que será ficción: ficción plegada a piel/ a pulso). El lugar del muslo, un nudo donde se guarda una constelación, universo donde se cierne toda la vestidura de la epidermis. *Cantata*.

Lunar, sinfonía de lunares en brazo izquierdo. Partitura de signos donde se craquela la fe. Gesto y roce donde los cuerpos se amparan mutuamente.

13:07

El contorno de la espalda, la llama de las sombras donde se guarda una caricia. Cuerpo con memoria, con cada dedo (sentidos del otro en cuerpo ajeno) el contorno relata la curvatura propia. Enunciar desde la proximidad la nomenclatura del deseo. Canciones, murmullos, los senderos que se establecen entre las grietas de las corvas. Hendiduras de tiempo, inclinación gestual donde se precipita la muerte. Huecos, musculatura, grasa en cráteres entre los huesos y la nervadura sanguínea que se niega a hablar: sílabas etéreas –susurro–: el sonido /torcedura/ de cada pliegue.

13:28

La circularidad de un pensamiento. Lo que el cuerpo acarrea en las venas (metáfora). Lo líquido de las bahías y cauces interiores. ¿Se esconde entre las corvas? Mirada perdida en horizonte

exacto: líquen. Fragilidad de la costa en un punto ciego. Atajo o viento que cubre el vuelo de cierta palabra. La mano cruza, toca el rostro apenas, apuntando hacia el sitio donde hay murmullos, sólo murmullos. La exactitud de un balbuceo interior donde la manera verdadera de las voces del padre se acumulan detrás del oído izquierdo. La blancura de la mano de Eudora, que recorre los contornos de un elefante imaginario. Y esa sonrisa, esa media sonrisa de la comisura de su boca.

13:40

Se confunden el surco donde los cardos han dejado marcas. Rebalse. Cardumen de peces agitándose entre piernas. Ebullición de sangre en ramificaciones. *Abrasiva*. La marcha sobre el muslo se expande. Cada centímetro es inicio. Toda división, inexacta. *Rebalse*. Las hojas de los árboles caían encima de sus hombros. Entonces callaba el mundo.

13:53

La irregularidad de la postura, los pesos del cuerpo se acomodan dependiendo de la vulnerabilidad. Cada herida sobrepasa y extiende un aura. Contrapesos. La sensibilidad del ombligo; el recuerdo del vientre, la acuosidad de la palabra madre. Los pesos restituyen el fracaso de la mente. En silencio se acomodan pliegues, hendiduras, estancias. Rebalse.

Granito y tabaco sobresalen. Paisaje. Manos anudan en el aire una sonata —cuando el viaje instituye el horizonte, el tiempo gravita sobre el ojo. Líquen. Mata de arbustos, desierto donde se agrietan los labios por no decir tu nombre.

Constantino Molina

CUATRO POETAS

En la fría mañana de diciembre
cuatro poetas viajan a Madrid.
Les aguardan asuntos literarios
y durante el trayecto,
mientras uno conduce,
los cuatro en compañía
charlan sobre el estado de la lírica.
A más de cien kilómetros por hora
comentan impresiones sobre el libro
de un destacado autor.
Sobre la aparición
de un nuevo premio en nada desdeñable.
Sobre el estrecho vínculo
que guardan entre sí
distanciamiento crítico
y calidad artística.
También hablan del último amorío
que un anciano editor mantiene oculto
con un joven poeta de provincias.
Les aguardan asuntos literarios
y viajan a Madrid.
Fuera del automóvil
la escarcha se derrite en los bancales,
el sol dora las alas de los cuervos
y la poesía viaja,
a más de mil kilómetros por hora,
en dirección contraria a sus asuntos.

Chus Pato

BERCE

Só por eles detés a marcha
polos paxaros
pola graza dos seus pasos e o dobre plano de sombra
do seu desdoblamento
É a viaxe da luz cara a súa eclipse
ollo dentro e fóra
na súa máxima atención
aberto ao lume

Ti
máis antiga que as areas de Gizeh
onde a retina vibra
e o brote de herba

antes da primeira emanación
antes do primeiro golpe de voz

(non o sabes)

e aínda os liques
os mofos
a altura dos álamos

CUNA

Solo por ellos detienes la marcha
por los pájaros
por la gracia de sus pasos y el doble plano de sombra
de su desdoblamiento
Es el viaje de la luz hacia su eclipse
ojo dentro y fuera
en su máxima atención
abierto a la lumbre

Tu
más antigua que las arenas de Gizeh
donde la retina vibra
y el brote de hierba

antes de la primera emanación
antes del primer golpe de voz

(no lo sabes)

y aún los líquenes
los musgos
la altura de los álamos

(Traducción de Ana Gorría)

Enrique Baltanás

EL HILO DE LA VIDA

¿De qué depende el hilo de la vida?
De diez minutos más en la ambulancia.
Del alcohol inexperto y barato
que una noche de viernes se estrella contra ti.

O de que el cirujano
o la enfermera o el anestesista
no logren ese día la atención o el acierto
que su currículum muestra que poseen
sin género de dudas.

De que alguna molécula,
que alguna proteína,
algún extraño nombre bioquímico
se subleven en contra de su dueño.

De que en el cálculo
frío de probabilidades
decida la estadística que tú eres su cifra.

Pero este falso azar no es un azar,
son los rasgos inciertos con que escribe el destino.

Miguel Floriano

TODO ES LEJANÍA

Es la vida, en efecto, como un viaje.
Xaime Martínez

Al suave y melancólico compás
de los paisajes sucediéndose,
se comprende que todo es lejanía.

Porque todo muere si se aparta de los ojos.
Porque todo recuerdo es tacto ciego,
vasallo de una sombra suplicante.

¿Y de qué lugar, o acaso
de qué palabra, de qué instante, de qué cuerpo
estamos lejos siempre? ¿Qué paloma
es la que sobrevive en lo remoto?

Visita el viento un último horizonte.
Ya vuela transitoria la distancia.

Pedro Serrano

BERWICK

Se levanta una polvareda de pájaros
en el campo apenas resembrado.
Rastrean el alimento, orbitan en un presente
subyugado. Firman parábolas y planos curvos,
picotean. En el codo de la colina
se asienta el pueblo. Planea
sobre el brazo de mar que lo acuna.
Da de comer a las gaviotas y a los perros.
Mira hacia el otro lado como si esperara
años de invasión. Una fila de árboles bajos,
como corderos, otean el horizonte.
Las ovejas en cambio echan raíces
y brotan algodones
en apretadas frondas blancas.
Las vacas son cuajos pardos en los pastizales.
Aquí atracaron las olas de la latinidad y la germanía.
Abajo pasa el Tweed, nadan los cisnes
como si cualquier cosa desde siempre.

Petrarca.

Describe la vida humana con múltiples figuras

TRADUCCIÓN Y NOTA DE FRANCISCO SOCAS

EL PETRARCA MÁS AMARGO

Un día otoñal del otoño de su vida, acaso el 29 de noviembre del año 1370, el poeta Francesco Petrarca dirige al humanista paduano Lombardo della Seta una carta de extravagante estilo. Están ausentes en ella los precisos y armónicos periodos ciceronianos de otras epístolas e invade el papel un insistente cúmulo de tropos donde el símil y el oxímoron reinan a partes iguales. Para decir lo que es la vida humana algún filósofo antiguo había usado unas pocas de estas nociones, y autores cristianos manejaron con frecuencia muchas otras, e incluso más pavorosas, pero ninguno las soltó así en catarata ni alzó nunca semejante montón como recordatorio de su melancolía¹.

Vitam humanam per multiplices figuras describit.

Videtur quidem mihi vita haec
dura quaedam area laborum,
palaestra discriminum, scaena fallaciarum,
labyrinthus errorum, circulatorum ludus,
desertum horribile, limosa palus,
senticulosa regio, vallis hispida,
mons praeruptus, caligantes spelunce,
habitatio ferarum, terra infelix,
campus lapidosus, vepricosum nemus,
pratium herbidum plenumque serpentibus,
florens hortus ac sterilis, fons curarum,
fluvius lacrimarum, mare miseriarum,
quies anxia, labor inefficax,
conatus irritus, grata phrenesis,
pondus infaustum, dulce virus,
degener metus, inconsulta securitas,

¹ El pasaje se halla en las *Epystole Seniles* (XI 11). Lo presentamos según la edición de Ugo Dotti y Felicita Audisio (Milán, 2007, t. II, pp. 1395-99), aunque se ha dado aire clásico a las grafías medievales. La versión de Francisco Socas es parte del *Epistolario* completo de Petrarca que aparecerá próximamente en la editorial Acantilado de Barcelona.

Describe la vida humana con múltiples figuras

Esta vida sin duda me parece
algo así como dura pista de fatigas,
palestra de peligros, teatro de engaños,
laberinto de errores, broma de bufones,
desierto espantoso, charca fangosa,
comarca de abrojos, valle de matorrales,
montaña abrupta, cueva tenebrosa,
cubil de fieras, suelo improductivo,
campo pedregoso, bosque de zarzales,
prado de verde hierba lleno de serpientes,
jardín florido pero estéril, manantial de cuidados,
arroyo de lágrimas, mar de miserias,
trabajoso descanso, esfuerzo inútil,
empeño vano, grata locura,
peso siniestro, dulce veneno,
miedo cobarde, descuido irreflexivo,

vana spes, ficta fabula,
falsa laetitia, verus dolor,
risus inconditus. fletus inutilis,
inane suspirium, confusus ordo,
tumultuosa confusio, trepidatio turbulenta,
sollicitudo perpetua, insomnis inertia,
inops copia, dives inopia,
imbecilla potentia, tremulae vires,
aegra sanitas, iugis morbus,
gemina aegritudo, pulchra deformitas,
honor inglorius, infames tituli,
ridiculus ambitus, ima elatio,
excellencia fictilis, humilis altitudo,
fusca claritas, ignota nobilitas,
pertusus sacculus, vas rimosum,
specus inexplebile, cupidilas infinita,
damnosum desiderium, luxus hydropicus,
sitis insatiabilis, aridum fastidium,
famelica nausea, ventosa prosperitas,
querula semper adversitas, viror transitorius,
flos caducus, amcenitas labilis, fugax forma,
moestum gaudium, amara dulcedo,
voluptas aculeosa, stulta sapientia,
caeca prudentia, tetra domus,
breve diversorium, foedus carcer,
sine gubernaculo navigatio, sine baculo senectus,
sine freno iuventus, sine duce caecitas,
iter lubricum, tecta fovea,
latens praecipitrum, silens lima,
tenax viscus, operti laquei,
abdita retia, inescati hami,
sentes asperi, lappae haerentes,
tribuli acuti, scopuli rigentes,
venti rapidi, fluctus impetuosi,
atri turbines, horrisonae tempestates,
procellosum pelagus, vadosa litora,
anceps portus, exarmata navis,
immane naufragium, officina scelerum,
sentina libidinum, caminus irarum,
puteus odiorum, catena consuetudinum,
Sirenum cantus, Circaea pocula,
mundi vincula, rerum unci,
conscientiae morsus, poenitentiae stimuli,

vana esperanza, fábula inventada,
falsa alegría, verdadero dolor,
risa sin tino, llanto inútil,
suspiro huero, orden confuso,
tumultuosa mezclanza, turbulento temblor,
angustia continua, diligente pereza,
pobre abundancia, rica carencia,
impotente poderío, fuerzas temblorosas,
enfermiza salud, dolencia incurable,
enfermedad doblada, hermosa fealdad,
honra sin gloria, títulos deshonorosos,
ridícula ambición, orgullosa bajeza,
excelencia vulgar, humilde grandeza,
oscura claridad, oculta fama,
bolsa agujereada, vaso agrietado,
bodega inagotable, ansias infinitas,
perjudicial deseo, hidrópico esplendor,
sed insaciable, árido hastío,
hambrientas náuseas, vana prosperidad,
adversidad siempre quejosa, verdor transitorio,
flor caduca, gracia perecedera, belleza fugaz,
triste alegría, amarga dulzura,
placer punzante, necia sabiduría,
ciega previsión, tétrica morada,
breve albergue, fea cárcel,
navío sin rumbo, anciano sin bastón,
mocedad sin freno, ciego sin lazarillo,
camino resbaloso, trampa tapada,
precipicio invisible, lima callada,
liga pegajosa, lazos ocultos,
redes escondidas, cebo de anzuelo,
ásperos abrojos, pegajosos lampazos,
agudos espinos, duros escollos,
vientos furiosos, olas impetuosas,
negras tormentas, horrisonas tempestades,
mar proceloso, riberas borrascosas,
puerto inseguro, nave desarbolada,
descomunal naufragio, taller de crímenes,
sentina de pasiones, fragua de enojos,
pozo de odios, rutinas que encadenan,
canto de las Sirenas, pócimas de Circe,
ataduras mundanales, garfios de los negocios,
mordiscos de la conciencia, aguijonazos contritos,

peccatorum incendia, putre aedificium,
fundamentum fragile, muri hiantes, tecta labentia,
prolixa brevitatis, latae angustiae,
calles inexplicabiles, passus impliciti,
circulorum motus, statio instabilis,
rota volubilis, manens cursus,
scabra levitas, scrupulosa suavitas,
blanda crudelitas, dolosce blanditiae,
fallax amicitia, concors discordia,
foedifragae induciae, bellum inexorabile,
pax infida, simulata virtus, excusata nequitia,
laudata fraus, honoratum dedecus,
irrisa simplicitas, et contempta fides,
nugae seriae, ingeniosa dementia,
loquax torpor, velata ignorantia,
opinio scientiae tumida, scientia vero nulla,
querelarum suspiria, contentionum strepitus,
vulgi fragor, obliviosa peregrinatio,
patriae odium, amor exilii,
lemurum civitas atque larvarum,
daemonum regnum, Luciferi principatus
(sic enim Principem mundi huius Veritas vocat),
vita demum mendax et exanimis,
spirans mors, segnis incuriositas sui ipsius,
inutile cura, apparenti studium,
supervacui appetitus,
operosus vermium apparatus,
viventium infernus
et vivorum corporum divites exequiae,
longum funus, pomposa vanitas,
laboriosa militia, periculosa tentatio,
superba miseria, miseranda felicitas.

llamas del pecado, edificio destartalado,
frágil cimiento, muros rajados, techos hundidos,
ancha estrechura, estrecha anchura,
sendas intrincadas, vuelta sobre los propios pasos,
rodeos y merodeos, parada inestable,
rueda tornadiza, carrera detenida,
rugosa lisura, áspera suavidad,
blanda fiereza, engañosos halagos,
falsa amistad, discorde acuerdo,
tregua sin garantías, guerra implacable,
paz incierta, virtud fingida, maliciosa disculpa,
estafa aplaudida, deshonra gloriosa,
sencillez ridiculizada y lealtad burlada,
graves frivolidades, ingeniosa locura,
torpeza parlanchina, encubierta ignorancia,
engreída fama de saber sin saber nada,
suspiros de quejas, clamor de pleitos,
gritos vulgares, un viaje para olvidar,
odio a la patria y amor al destierro,
república de vampiros y fantasmas,
reino de demonios, imperio de Lucifer
(que así llama la Verdad al Príncipe de este Mundo),
en fin, una existencia aparente y sin alma,
muerte viva, perezoso descuido de sí mismo
y ansia de futilidades, afán de aparentar,
apetito de lo superfluo,
elaborado banquete de gusanos,
infierno de los vivos
y lujoso entierro de sus cuerpos,
funeral interminable, solemne vanidad,
esforzada milicia, comprometida prueba,
orgullosa miseria, ventura lamentable.

José Luis Parra, henchida soledad

SUSANA BENET

Es difícil hablar de un poeta que ya no está —José Luis Parra Fernández falleció en el 2012— y de quien estuve tan cerca durante años. Creo que el mejor modo es hacer un recorrido por su poesía, en la que se revela su propia vida, la trayectoria de un hombre independiente que se formó a sí mismo como poeta, porque desde muy joven tuvo claro cuál era su vocación. No finalizó sus estudios de Magisterio ni los de Graduado Social. Trabajó en una editorial valenciana dirigida por Víctor Orenga, sin llegar a pertenecer a ella de forma permanente. Pasó algunos veranos en Lloret de Mar, trabajando en un establecimiento de perritos calientes para costearse sus gastos y viajar por la península, subiendo y bajando de los trenes hasta agotar su presupuesto e incluso, a veces, su salud. En una ocasión, ya sin recursos, tuvo que regresar andando a Valencia alimentándose de lo que podía encontrar en los campos. Alguna noche la pasó cubriéndose con cartones en compañía de los sin techo. También deambuló por las Ramblas de Barcelona, protegido por un indigente que compartió con él su vino y su humilde vivienda. Era un hombre siempre de paso, una persona desarraigada que apreciaba sobre todo su independencia. Solamente una vez, a lo largo de su vida, residió de forma permanente en otra ciudad, Murcia, donde fue empleado de una compañía de seguros durante trece años. Su admiración por esa ciudad se percibe en estos versos: “Todos los días / —o casi todos— / esta ciudad escribe / con sol / la más espléndida literatura.”

Poeta rebelde, que elaboró su propio estilo leyendo a innumerables autores y creó su propio personaje: un tipo solitario que bebe en los bares. Un hombre enamorado de la vida y, al mismo tiempo, atormentado por la culpa. Tras dejar su empleo en Murcia, de forma voluntaria, escribe en su poema “Jubilación anticipada”: “Ya tienes todo el tiempo / para sentir cómo se apaga el tiempo. / No hay magia en la penumbra. / Sólo curiosidad, algún vago temor / y dientes apretados.”

Aunque frecuentó ambientes literarios, no perteneció a ningún grupo ni a ninguna de las llamadas “generaciones”. Únicamente participó en el Primer Certamen Literario de Mislata, siendo premiado con su libro: *Más lisonjero me vi*, con el que inició una larga trayectoria que concluyó con el libro *Inclinándome*, publicado poco antes de su fallecimiento en la editorial Pre-Textos, al igual que los tres títulos anteriores (*Los dones suficientes*, *Tiempo de renuncia* y *De la frontera*).

Anteriormente, obsesionado por la salud de su madre, escribió su segundo poemario: *Un hacha para el hielo* (Ediciones de la Guerra-Café Malvarrosa, 1994) en cuyos

versos describe el temor y la gran tristeza que para él significó la pérdida de la figura central de su existencia. En este libro breve y rotundo, prologado por el poeta Marc Granell, y dedicado a María Fernández Campos In memoriam, el poeta trata de conjurar el espanto de lo inevitable:

VIII

Nerviosamente labraré
con manos temblorosas por el miedo, un arma,
un arma y a la vez un amuleto
que aleje los fantasmas del futuro
vivido con espanto cada día.

Y dejaré fluir un cántico salvaje
que no reclama eternidad ni salvación pretende:

escudo que atenúe los zarpazos de la bestia,
hacha de piedra
para el mar helado que nos devora dentro.

Ese profundo afecto que sentía por su madre, el terrible golpe que supuso su pérdida, aparece en cada uno de sus libros, asomando como una luz añorada o como la sombra de una ausencia. Ya la casa familiar no es la misma. Por ella deambula el frío y el desvalimiento de quienes quedaron atrás. El padre y tres hijos solteros.

El abandono y la desidia van apoderándose no solo de la atmósfera doméstica, sino también de sus habitantes. En el libro *Los dones suficientes* el poeta describe con todo lujo de detalles cómo la casa se va convirtiendo en madriguera, tal como la muestra en estos versos: “Todo es cuestión de tiempo, y esta casa / que ha sido la humilde obra de tu vida / la afirmación de tu coraje, será la madriguera, / la guarida, / leonera de libros, papeles y abandono, / de los que indignamente quizás han decidido / vivir, sobrevivirte.”

Ni siquiera el amor correspondido logra aliviar la gran desesperanza que marca su existencia. Por eso lo condena de antemano, no es capaz de entregarse a esa certeza. Su visión del amor es pesimista, incluso en los instantes de mayor vértigo y esplendor. “También nuestro amor pasará. Mientras digo te quiero / ya se aprestan la injuria, los celos, el reproche, / y la gris procesión de costumbre y hastío / inicia su desfile.” Por eso elige la soledad, el desarraigo, el engañoso refugio del alcohol y la vana compañía de las conversaciones de bar. Es allí donde Parra brilla con su ingenio, su humor, su intrepidez, su amena conversación. Conoce bien el cine, y como Ray Millan en el film “Días sin huella” (que tanto admira), recita sus versos arrebatado por la euforia de las copas. Porque Parra, a pesar de ser un solitario, rebosa de amor por la vida y se siente acompañado por sus fantasmas.

[...] Mis fantasmas
sólo hablan de la vida,
y su alegría en mi alegría se funde y se entrelaza
dando frescura al corazón, henchida soledad,
belleza para siempre.

En “Jornada en un bar” describe minuciosamente cómo la luz de la cerveza que “ilumina vísceras, glándulas y huesos”, se va apagando a medida que transcurren las horas y avanza la sombra arrastrando consigo la culpa y el remordimiento, temas recurrentes en su poesía.

He visto cómo se resecan y endurecen las tortillas,
cómo actúan, secretas, las bacterias,
fermentando las salsas, cómo se descomponen
las tapas lentamente, en su urna de cristal...

Qué viejo y arrugado yace —ahora
lo estoy viendo— el diario
de la mañana,
abandonado en un rincón, manchado
y lleno de noticias atrasadas.
He visto cómo sube
la araña cenicienta del día consumido
por los ladrillos taciturnos de la casa de enfrente.

Y aquí sigo, aquí sigo
paralizado.

Estoy viendo subir remordimientos,
arcadas, nuevas culpas...

Estoy viendo subir, rauda, la sombra.

Amante de las mañanas, Parra presiente en la luz un anuncio de felicidad. Es la luz liberadora, que cauteriza las heridas de la culpa. “De pronto, en la cocina, / preparando el café del desayuno, / qué lanzada de sol me cauteriza. / ¡Absolución!”. Hay un continuo canto a las mañanas, a los pájaros, a los árboles, al gozo de sentirse vivo. La luz se convierte en esperanza de reencuentro con los que ya no están. “Tan fácil la resurrección parece, / tan sencilla, / en mañanas como ésta con aura de prodigio...”, en fuerza irreprimible, en “perro leonado”, fiel compañero de juegos y aventuras en una lejana terraza bajo el prodigioso cielo de la infancia. Hay un desesperado canto al placer efímero. “El mundo es un desastre, pero el día / ah día, / está clamando eternidad.” Pero esa claridad tan amada, tan prometedora, se transforma

inevitablemente en sombra, en temor y decepción. “Nada, nada / en mi vida llegó a su hora justa: / muertes anticipadas por el miedo, / impuntuales citas, demoras humillantes / cuando el vigor del cuerpo joven, con más ferocidad, / precisos cumplimientos reclamaba”. Tal vez la culpa que más le mortifica y le persigue es no haber sabido “...erigir / los sólidos cimientos / de una vida habitable”.

Sin embargo, y por duro que sea el presente, logra teñir de humor los momentos menos favorables, como en su celebrado poema “Esperando a Bárbara”, en el que un joven enamorado contempla pasar el tiempo sin que su amada acuda a la cita, concluyendo con estos versos que resumen su fracaso: “Pero no desesperes, con la curda indecente / que arrastras, ya ni la mismísima / Bárbara / sería solución, después de todo.”

Poseedor de una amplísima cultura literaria, familiarizado con innumerables poetas, algunos casi desconocidos en nuestro país, Parra escribe de manera incansable, en cualquier parte, sobre cualquier pedazo de papel, muchas veces de memoria mientras camina. Escribe sobre sus temas predilectos: las pérdidas, los remordimientos unidos a una alegría que apenas sabe manejar. “*Ay, poderes magnánimos / de la luz, protégeme / de mi alegría*”, concluye en su poema *Vislumbres*. Y es que no se atreve a ser plenamente feliz porque siempre está anticipando el derrumbe.

La casa se va quedando vacía, primero la madre y después, al cabo de los años, el padre. Quedan los tres hermanos solteros, solitarios, aferrados al pasado, personajes anacrónicos en un mundo del que apenas participan. Ese desvalimiento queda reflejado en su “Canción de las cinco cucharas” en el que, poco a poco, van desapareciendo las cucharas de la mesa del mismo modo que se producen las ausencias. Pero, a pesar de todo él o “intrépido cadáver”, como se autodefine en algún texto, es el único, de los tres hermanos, que prosigue una labor creadora ininterrumpidamente y sigue siendo capaz de celebrar la vida, el amor, la amistad. Incluso es capaz él, de apariencia tan frágil, de ocuparse de todo lo incómodo de su mundo doméstico. Barre, friega, cocina, atiende las quejas y trata de sobrellevar el progresivo deterioro de la casa y de sus medrosos moradores con admirable voluntad. “Nos acobarda el frío, la hostilidad del clima. / Las tardes invernales, tan cortas, nos deprimen. / Mi hermano ha decidido no salir de la cama, / y se ovilla, y maúlla, y ronca plácido. / Nos alarma el teléfono, / y más aún el timbre de la puerta”. En ocasiones huye, sale a la calle y busca en los bares la paz y el sosiego que tanto añora. Otras, se contenta con asomarse al mundo a través de las ventanas o desde su estrecho balcón. “Salgo al balcón y riego las macetas. / Al inclinarme noto que envejezco. / Pero cómo consuela, con los años, / esta alegría, este ritual, el chorro / de agua sobre las hojas.”

Su último libro, “Inclinándome”, delata con el título su rendición final. Presiente que su salud ha empeorado, del mismo modo que empeora su ambiente familiar. Se aferra a su poesía en un último gesto esperanzado, alentado por sus amigos, los que nunca le abandonan, y por el imborrable recuerdo de su madre. Mientras el verano de su vida se aleja y presiente la cercanía de un otoño “no menos pleno y sosegado”, acepta con serenidad lo que la vida le ha dado y le ha negado. El poeta asume su presente con apacible calma, con sabio coraje y encuentra finalmente el ansiado

equilibrio. “En el confín de la orfandad / cimas y abismos que tanto me elevaron / y me hundieron, / por fin caminan juntos / en una extraña e inquietante calma. / Ah concordia tardía, la alegría y la desesperación / son ya casi lo mismo”.

Mecánica celeste

LUIS BAGUÉ QUÍLEZ

Daniel García Florindo

Las nubes transitorias

Guadalturia, 2015.

Después de la segunda salida de *Amanecer en Pensilvania*, Daniel García Florindo (Córdoba, 1973) publica un libro cuyo título parece alejarse de la porosa mitología generacional desplegada en aquel volumen. Sin embargo, tras su tersura contemplativa y su médula reflexiva, *Las nubes transitorias* esconde una serie de preocupaciones que no difieren en lo sustantivo de una cosmovisión situada entre el cielo y el suelo.

El libro se divide en cuatro secciones, cada una de ellas protagonizada por un fenómeno climático. La primera (“Dinámica atmosférica”) agavilla un conjunto de composiciones breves, a veces cercanas a la indagación existencial y otras veces rayanas en el vislumbre onírico: “Observo la mecánica celeste que nos mueve / como un vagar de nubes ilusorias”. El personaje que mira la cicatriz del cielo, o que desea elevarse con alas de ceniza, acaba reconociendo la vanidad de su empeño, pero también la dignidad de esa aspiración ascensional. En la segunda parte (“La ciudad en la niebla”) hallamos una accidentada cartografía urbana y un viaje a la semilla de la identidad. La evocación de la infancia se nutre aquí de un universo referencial en el que comparecen “los caballos azules de Franz Marc”, los versos de Auden y las andanzas de Antoine Doinel, el inevitable álter ego de Truffaut. La voz de García Florindo suena con una modulación propia en “Paseo de los tristes”, a la vez homenaje a Javier Egea y reescritura en clave lírica de aquel itinerario épico, y en “El cielo de Wisława”, un buen ejemplo de la capacidad genesiaca de la palabra: “Supongamos ahora el mismo cielo, / que una anciana polaca nos emplaza un destino / en el libro que se abre a la mitad / el mismo año en que muere / y en que todo parece deshacerse”. En el tercer apartado (“El mal tiempo”), García Florindo esgrime una dicción comprometida con la inmediatez y la contingencia. La lección de la poesía social, las consignas indignadas del “Grafiti” o el grito popular de una “Mani-

festación” son algunos de los envases discursivos empleados para conjurar una crisis tentacular. Aunque a veces esta gramática de urgencia resulta demasiado deudora de los moldes socialrealistas, en los versos percute poderosamente la denuncia de las políticas gubernamentales, el lamento por la insolidaridad y la crítica a la injusticia globalizada o al capitalismo parasitario. Frente a un país deconstruido y un porvenir hipotecado, el autor no renuncia a una ilusión que se troquela sobre la falsilla quevedesca: “Nubes serán, mas nubes de esperanza”. Finalmente, la última sección (“La casa en el aire”) se adentra en una cotidianidad doméstica y entrañada. El meticuloso desorden de la biblioteca particular, las geografías privadas y el microcosmos familiar constituyen el patrimonio de un sujeto que hace balance provisional en los poemas “Curriculum vitae” y “Al cumplir los cuarenta”, que culmina con una declaración de principios: “Mis pies tocan el suelo. / Mi cabeza, las nubes”.

En definitiva, *Las nubes transitorias* es una obra de insobornable autenticidad; un redoble de conciencia en una época en la que abundan los decorados de cartón piedra y los golpes de pecho. Desde el horizonte de la madurez y desde su “nube / del extrarradio”, García Florindo sigue apostando por la utopía. Ojalá que el influjo anticiclónico se imponga pronto a la grisalla borrascosa en la que parecemos instalados.

El misterio de la vida

ANTONIO PRAENA

Trinidad Gan

Papel ceniza

Valparaíso, 2014.

Papeles incompletos en los bolsillos de un personaje enigmático. Así comienza *Papel ceniza*. El recurso dota al libro de personalidad y misterio. Nos lo hace tan íntimo como estrictamente literario. Nos lleva de la literatura a la vida y de la vida a la literatura, no perdiendo ninguna de ellas –antes bien, potenciándose– su propia identidad.

Los rastros de escritura que alguien porta configuran también la estructura del texto y le otorgan una organicidad sostenida. Estamos ante un relato

sobre el misterio de la vida en su doble dimensión de intimidad y de camino.

Sus seis secciones, más que partes, constituyen superposiciones de una misma identidad poética. La intimidad tiene esas cosas, sucede sobre su propio eje pero nunca es la misma. Es ya una marca de la casa: pocas veces, architransitada, la intimidad alcanza un cromatismo tan diferencial como en Trinidad Gan. Por eso en *Papel Ceniza* la fidelidad a sí misma acierta a emprender nuevas incursiones. Y qué mejor manera de reconvertir la evolución que hacer de ella materia de escritura.

La madurez, el trato con la vida y la costumbre de sí misma, unidas a la habilidad de un ritmo controlado, nos proporcionan un libro intenso. ¿Con qué recursos? Dejando, entre otras cosas, constancia de la “tachadura” como posibilidad y como oportunidad de convertir el pasado y nuestra decisión de futuro en forma y estilo.

Mención especial merece el nivel metapoético de esta entrega. La escritura es materia y motivo. Su razón de ser reside en la fusión entre forma y contenido. Porque no hay intimidad que no se objective a sí misma en palabras ni palabras que sean verdaderas si no lo son desde lo íntimo, aun cuando acaben siendo ofrecidas a lo público. Pulir la lente no es solo pulir la palabra. Es abordarnos a nosotros mismos, que somos —porque somos lenguaje— a la vez, actor, materia y carne del poema.

Una combustión sin detrimento ni vacilación es lo que *Papel ceniza* enciende para nosotros. El poema “Cenizas” levanta la vista y nos mira directamente a la cara: “Nunca huyas del fuego,/ porque donde no existe estás de sobra.”

En un lenguaje que conjuga lo confesional y lo conversacional, sin concesión alguna al prosaísmo gratuito y venciendo la tentación del virtuosismo, este es un libro de madurez.

Trinidad Gan se muestra sabia en el arte de enhebrar elementos de distinta procedencia con artesanía y don: “A ambos lados, traseras de almancen,/ las fachadas oscuras, las tapias con grafiti.” Lo orgánico y lo inorgánico, el mundo natural y el urbano, lo terrestre y lo ígneo, las voces ajenas y el calor de lo íntimo, se enhebran sin que advirtamos las costuras.

Un libro aquilatado en varios fuegos donde también la ceniza arde. Para estas cosas existe la poesía, para arder después de haber ardido uniendo el origen de la primera chispa con las sofisticadas

técnicas de iluminación de la postmodernidad y del paisaje urbano, tan bien conciliados en este poemario.

Enfoques del abismo

DANIEL GARCÍA FLORINDO

Alí Calderón (coord.)

Gustavo Osorio (coord.)

Reinventar el lirismo. Problemas actuales sobre poética
Valparaíso, 2015.

Desde una voluntad activa, con el título *Reinventar el lirismo* se subraya en este libro un rasgo que sigue distinguiendo especialmente al género lírico del resto de los géneros literarios a lo largo del tiempo, una característica que no es otra que su capacidad de redefinirse continuamente, de transformarse y liberarse, ya que desde la antigüedad hasta el presente el concepto de lirismo nunca ha permanecido inalterable. No obstante, sabemos que fue a partir de la modernidad que instauró el romanticismo inglés y alemán, cuando se produjo una ruptura más tajante, una falla en la que el poeta pudo, desde su humana voz poética, contemplar su propio abismo. Antes de introducirnos en este volumen teórico parece oportuno traer como precedentes ineludibles las reflexiones de Octavio Paz sobre la tradición moderna de la poesía. Recordemos en *Los hijos del limo* (1974) cómo Paz se refería a esta cuestión como una «tradición de la ruptura». Así, los coordinadores de este nuevo volumen parecen recoger esa idea que su compatriota mexicano sembró en el ensayo mencionado y en otros tantos como *El arvo y la lira* (1956), *Los signos en rotación* (1965) o, más cercanamente, en *La otra voz. Poesía y fin de siglo* (1990).

De este último extraemos ahora la siguiente reflexión: “Cada poeta es un latido en el río de la tradición, un momento del lenguaje. A veces los poetas niegan a su tradición pero sólo para inventar otra. El fenómeno es periódico y se acentúa en la época moderna. Desde el romanticismo hasta el surrealismo, cada movimiento poético ha inventado su propia tradición. [...] La mayoría de los poetas escogen a sus antepasados: Eliot a los «poetas metafísicos» y a Laforgue; Pound a Cavalcanti y a Li Po; Neruda a Whitman, Borges a otro

Whitman distinto del de Neruda y Whitman a un poeta anónimo llamado Walt, un cosmos y un *borough* de Nueva York. La invención del pasado se proyecta, desde el presente, hacia el porvenir. Todos los poetas desean ser leídos en el futuro y de una manera más honda y generosa que en su tiempo. No sed de fama: sed de vida. El poeta sabe que no es sino un eslabón de la cadena, un puente entre el ayer y el mañana. Pero de pronto, al finalizar este siglo, descubre que ese puente está suspendido entre dos abismos: el del pasado que se aleja y el del futuro que se derrumba. El poeta se siente perdido en el tiempo.”

En el volumen *Reinventar el lirismo. Problemas actuales sobre poética* Alí Calderón y Gustavo Osorio reúnen una serie de artículos aportados por destacados críticos para reflexionar sobre el género, el discurso o el pensamiento lírico a lo largo del siglo XX y los últimos años. El hecho de que los ensayistas, además de ser eminentes conocedores de la teoría de la literatura, sean poetas distingue de manera especial este libro plural que problematiza la cuestión poética en las últimas décadas. Se obtiene, al fin y al cabo, un crisol de perspectivas que dialogan entre sí, no tanto para contrastar como para coincidir en diversas analogías cuyas modulaciones podemos apreciar a lo largo de la lectura.

Se agradece, desde luego, retomar la reflexión poética donde la dejó Paz, en ese puente suspendido entre dos abismos: el del pasado que se aleja y el del futuro que se derrumba. De hecho, podemos apreciar cómo los distintos autores modulan ese abismo en sus distintos enfoques sobre la cualidad de lo lírico en la actualidad. Así, Gustavo Osorio nos presenta el contenido de los distintos artículos en el prólogo del volumen donde ya podemos confirmar las coincidencias y los matices en torno al *abismo* que suma poesía y modernidad. Baste sustituir el término de Paz por *incertidumbre* (para Alí Calderón) o *vértigo* (para Tony Hoagland).

En los dieciséis artículos que conforman el libro encontraremos, pues, un diálogo en torno a esos problemas actuales sobre poética que el romanticismo liberó en su revolución estética y que podemos sistematizar en dos aspectos complementarios, fondo y forma: la problematización del sujeto lírico moderno y, por otro lado, su expresión lírica, respectivamente.

Sobre la primera cuestión, ya hemos apuntado las propuestas de Alí Calderón y Tony Ho-

gland a las que podemos añadir la idea de Marjorie Perloff cuando sostiene que cada poeta se torna una caja de resonancia que aspira a una nueva modalidad de yo lírico, una nueva voz que refleja su circunstancia. Stephen Burt, por su parte, indaga sobre las claves para interpretar la poesía más nueva, a cuyos poetas denomina como «elípticos»: escritores que pretenden equiparar la disolución de sus textos a la disolución del yo que los escribe. También para García Montero en la poesía contemporánea hay una difuminación del *yo soy*: una fragmentación y matización del sujeto y de su voz, puesto que estamos ante la desaparición de las totalidades. Para García Montero la voz en la poesía deviene así una «conversación sobre el nosotros».

Por otro lado, la segunda cuestión que apuntamos, la expresión, viene a coincidir en la mayoría de los autores con la defensa de la coloquialidad (Alfonso Beradinelli) como técnica privilegiada en la poesía actual para devolver al texto poético las propiedades de «recitable y legible» y dar cauce a la conciencia lúcida que estructure cada verso. También Paul Hoover opta por la claridad expositiva. Carlos Aldazábal propone la «oralitura» como un principio que recupera la nostalgia musical de la oralidad en un presente de nueva tribalización.

Quizás, el artículo donde mejor se unifiquen las dos cuestiones esenciales que he apuntado sea el texto de Lorena Ventura que, desde una propuesta semiótico-lingüística, consigue esbozar las propiedades esenciales de ese *yo* en el poema que se erige en el lenguaje transformándolo en discurso. Como resume Gustavo Osorio en el prólogo, «para Ventura el poema, «pura enunciación», maneja como ningún otro texto la reconstrucción de un *yo* —de una voz— que se manifiesta. Así mismo complejiza la relación entre autor y voz lírica, trazando distintas panorámicas en torno a ese *yo* que subyace toda enunciación poética, apuntando a la caracterización del *yo* en poesía como un «yo retórico o figura»; un yo que se desvía de (y a la vez se conecta con) la ficción del sí-mismo que existe en lo no ficcional —un *alguien* que vive en el poema y fuera de él».

En el esbozo dual del libro que he planteado (fondo y forma), naturalmente, dejamos atrás otras muchas cuestiones derivadas o ramificadas que los autores suelen asociar con la (pos)modernidad. Cuestiones como la que refiere Cole Swensen sobre la naturaleza híbrida del texto

poético contemporáneo que adopta lo que más le conviene, una poesía posmoderna, aquella que es tanto impredecible como sin precedentes. En este sentido, Matvei Yankelevich insta por un espacio configurado por la confluencia multifragmentaria de voces poéticas que ya no pueden ser encasilladas, que son únicas y responden tanto al texto confesional como al formalmente complejo. Por último, Mario Bojórquez añade, como rasgos propios de la poesía actual la fragmentariedad del discurso, la velocidad, la elipsis, la confluencia mediática y temática, la discontinuidad, lo incompleto, lo fragmentario... rasgos que, según Bojórquez, nos llevan a una carencia de estética definitiva en la poesía contemporánea.

Desde esta propuesta teórica abierta no es difícil, por último, evidenciar la vinculación que este volumen mantiene con algunas de las últimas antologías de poesía en español y cuyos títulos responden a dos ideas vertebrales de este libro: un canon abierto y una poesía ante el abismo de hoy.

Rozar lo inexpresable

AITOR FRANCOS

Alfonso Brezmes

Don de lenguas

Renacimiento, 2015.

Lo que decía Borges de Chesterton se lo podemos aplicar a Alfonso Brezmes, que además de poeta es un fotógrafo experimentado: “Antes del arte de escribir ensayó la pintura; todas sus obras son curiosamente visuales.” En uno de los poemas de *Don de lenguas*, “Poética del desalajo”, escribe: “Me gustan esos poemas / en los que no sucede nada / o lo que sucede / queda fuera de campo.” Brezmes, cita a Roland Barthes, menciona una frase del francés que une lenguaje y libido: «El lenguaje es una piel: yo froto mi lenguaje contra el otro. (...) Mi lenguaje tiembla de deseo». Y es que ya desde el título, *Don de lenguas*, se sustenta sobre dos puntos clave: el primero, el dominio de la oralidad y la facilidad para decir; el segundo, la indudable imagen de la lengua como fundamento erótico. En Brezmes el tema amoroso trasciende a connotaciones alejadas de la ingenuidad y el prurito romántico. Hay, sin embargo, en *Don de lenguas*, una

idea del amor como fruto de las relaciones y la cercanía, y eso se advierte en varios poemas, uno de ellos, “Las cigüeñas”: “Te amo / como aman las cigüeñas / a las viejas catedrales: / fieles aves que regresan / al milagro de sus nidos, / sin una pizca de fe.” El tema del paso irremediable y fugaz del tiempo y de la vida, se experimenta en el poema “Asonancia”, un ejemplo significativo del modo de hacer de Brezmes: “La vida: esa vieja película. / Y esta extraña sensación / de haberte perdido / algo importante / de la trama.” En “Parecidos razonables” (que recuerda a Karmelo Iribarren) relaciona el hecho de escribir con el de retratar lo que se vive: “No: esto es sólo un poema. / Pero se parece mucho a la vida.” La rutina, acentuada por la mirada sentimental que está presente en el deseo, o por los espacios comunes de la convivencia, aporta un grado inevitable de intimismo a la poética de la cotidianidad de Brezmes. El poeta aplica la inteligencia a la economía expresiva (“Un lenguaje menor / para decir apenas / lo que cabe en un post-it”); nos habla de escribir sólo cuando es estrictamente necesario, casi una urgencia, dejando si no la escritura aparte, para poder dedicar todo el tiempo disponible a vivir. (“Últimamente / escribo menos. / Poco. / Nada. / Como si la vida / de pronto dijese: / Apártate, / ahora me toca / escribir a mí.”)

El lenguaje de *Don de lenguas* tiene conciencia de lo transitorio, de las cosas que pasan inadvertidas y son en sí mismas el eje potencial de toda comunicación; y en parte, de unión, erótica o lingüística. En algunos poemas, como “Circunloquio”, son evidentes los juegos y cambios de palabras, y los neologismos: “Vivir a contrapelo, / a contramundo, / a contravida.” Otras veces, Brezmes convierte la rigidez de la teoría filológica y de las normas de estilo en disimulados divertimientos: “y los asteriscos /—esas espuelas de oro—, / y las notas al pie —tan sumisas y educadas—”. Es más, si hay una regla que toma como incuestionable el poeta es la atender a esa doble vinculación del significado de la palabra y de las construcciones lingüísticas. Encontramos una explicación en el poema *Metonimia*. “¿Y si el diccionario / estuviese equivocado, / y de pronto las palabras / no significasen lo que suelen, / y tú quisiese decir nunca, / y jamás quisiera decir siempre? / Entonces jamás te pronunciaría, / para que nunca estuvieses aquí.” Hay en su forma de abordar los recovecos

del idioma una voluntad irrefragable de sorprender. La mayoría de los poemas buscan innatamente el asombro y la finalización rápida. Nacen para el destello momentáneo, pero no para arder como cerillas de exposición; al contrario; muchos consiguen ser más que un apunte poético y dejan el poso de una quemadura, conmueven e incitan a releerlos y memorizarlos. Yo, aún así, prefiero al Brezmes filosófico, el de, por señalar uno, el poema dedicado a Claudio Rodríguez: *Don de la claridad*. O el de *Descifrados*, con una fuerte influencia de Roberto Juarroz, que también se nota en el titulado *Autobiografía*. Sin redundancias ni requiebros poéticos, auténtico. El que nos presenta una poesía sustancial y entusiastamente aforística. Una demostración, en el poema “Instrumentos de medida”, que empieza con este verso: “*Para medir el tiempo se inventó la ausencia*”.

En casi todos los poemas de *Don de lenguas* hay alguna referencia literaria o artística, nunca casual. “Manual de urbanismo” coge el nombre de un libro de Ángel González. “Arde, Babel” se sustenta sobre una cita de los Hechos Bíblicos; yo lo uno con otro. “La vida”, es casi genésico, adánico, y a un tiempo, profano y una variante de la idea del Minotauro y Ariadna: “Este coserse y este recozarse / y este irse despacio descosiendo, / como si una hilandera aburrída / tirase de un hilo muy largo / para deshacer poco a poco el vestido / que ella misma había ido tejiendo, / hasta dejarnos de nuevo / completamente desnudos”.

Probablemente uno de los grandes referentes de Brezmes sea Luis Alberto de Cuenca, quien, por cierto, ya prologó su primer libro, *La noche tatuada*. Por la exigencia métrica y por el repaso a la tradición clásica, desde Catulo a los epigramas. O por la forma de hablar del amor. No puedo leer el poema “Maldición”, de Brezmes, sin evocar aquella canción que escribió Luis Alberto de Cuenca para la Orquesta Mondragón, “Caperucita feroz”. Hay un texto de *Don de lenguas*, “Ya leí los cuentos”, cuyo título hace de continuación a otro de *La noche tatuada*. Dice así: “Me he vuelto a equivocar: / ya estoy dentro del bosque. // Y ahora busco otra vez / la boca del lobo: / el único lugar / que merecía la pena / en este cuento.” Voracidad —o curiosidad— por conocer más y por dejar que se desborde el apetito sexual desde una perspectiva erótica casi destructiva: “Coge una sierra, / párteme en dos: / dentro estoy yo, / esperando / a

que llegues, / y me partas, / y me abras de nuevo, / tantas veces / como haga falta...” Otro ejemplo de lo mismo, en “Conjugaciones”, casi eucarístico: “Yo no tomo, / yo soy tomado, / como el pan o las ciudades.” Los cuentos de hadas, en cierta medida, mediante la imaginación, nos sitúan, así lo postulaba ya Bruno Bettelheim, en los hitos fundamentales del desarrollo y de la conflictiva amorosa, sea o no edípica; la poesía, de igual modo, es válida para la conformación de una representación interna del deseo que se ha perdido en el confrontarlo con la realidad. Si lo simbolizamos conseguimos que permanezca intacto en nuestro interior, pase lo que pase en la realidad externa.

Brezmes sabe que el juego de contradicciones del lenguaje lo es todo en poesía. Su línea es esquemática, una poesía del silencio, depurada, cercada, como él mismo escribe, por todo aquello que busca rozar lo inexpresable para lograr no decir nada más.

Porque no volveremos

RODRIGO OLAY

Rafael Juárez

Una conversación en la penumbra

[*Antología poética, 1987-2013*]

Introducción de Pablo Jauralde.

Renacimiento, 2015.

Hace ahora casi treinta años que Rafael Juárez (Estepa, Sevilla, 1956, pero granadino de adopción) publicó su primer libro de poemas —*Otra casa*, Maillot Amarillo, 1986—, luego más o menos preterido. Desde entonces, al impecable ritmo de un libro cada cinco años (dejando al margen *plaquettes* o cuadernillos), Juárez ha ido jalonando una de las singladuras poéticas más secretamente elegantes y minuciosas de nuestro panorama poético —*Las cosas naturales* (La Veleta, 1991), *Aulaga* (Fundación Jorge Guillén, 1996), *Lo que vale una vida* (Pre-Textos, 2001), *Aulaga* (edición ampliada, e. d. a., 2006) y *Media vida* (Pre-Textos, 2011)—, primero seleccionada en *Para siempre* (La Veleta, 2002) y ahora en esta antología que nos ocupa, *Una conversación en la penumbra*, cuyas páginas se reparte dando progresiva importancia a los libros más recientes del poeta, hasta el punto de hacer

desaparecer el primero de los suyos.

Basta ver la ya larga trayectoria de Juárez y las escogidas colecciones que han publicado sus versos para que se haga patente que no se trata de un poeta desconocido; y, sin embargo, seguramente sean muchos los que, como quien esto suscribe, vengán a descubrir ahora al poeta a raíz de la aparición de este florilegio en la popular colección rayada de Renacimiento, suerte de Pléiade de la poesía figurativa escrita por los nacidos en las décadas de los 50 y los 60 en nuestro país.

Quienes se acerquen por vez primera a la poesía de Juárez —y quienes vuelvan sobre ella— se encontrarán con un poeta que, en sus mejores momentos, logra ser fulgurante en su sencillez. Encarnando el ideal de la difícil facilidad a partir de «la lengua de todos los días», como él mismo gusta de decir, estos versos de la contemplación serena aciertan a decir *las cosas naturales* con verdad y belleza, siempre a la busca de «unas pocas palabras verdaderas» (como escribe en «El tesoro» y en «Soria»). Su lema parece ser el de pararse y mirar, hasta lograr observar lo que en principio no parecía visible. Un paisaje, un recuerdo, una estación (el otoño en especial) logran presentarse en estos versos con la delicada rotundidad de lo que es capaz de imponerse por sí mismo, sin alhajas ni raros aditivos. Unos versos suyos ejemplifican a la perfección este programa: «Álamos altos y colinas suaves. / Vamos a ver qué dicen esas cosas. / Un poema se escribe para eso». Así, se encuentran en estos poemas, como troqueladas, imágenes transparentes («el agua oscura era [...] / menos cristal», «cuece / su estuche de cerámica la almendra», etc.), expresiones felices hechas para el recuerdo, que llegan a deslumbrar por su precisión y por su engañosa evidencia aparente: «Mirar lejos descansar». El sosiego de estos versos no elude las grandes verdades, que, más que en voz baja, se dicen con firmeza, pero sin aspavientos: «Con muy pocas palabras, / sin apenas verdades, / con algunos deseos, // el camino, la casa / los amigos leales, / porque no volveremos».

No es difícil emparentar esta inconfundible poesía con la de algunos otros poetas de la Andalucía rural: Antonio Machado, desde luego y ante todo (homenajeados en «Soria»), pero también cierto Borges; Miguel d'Ors o Antonio Carvajal, entre los maestros cercanos; y, ya entre los compañeros de generación, poetas como José Gutiérrez

o, especialmente, José Julio Cabanillas. Sin embargo, aun con las concomitancias que hermanan a Juárez con estos poetas, su poesía adquiere claros perfiles propios, más allá de su habitual marco campestre (apenas roto por una serie de poemas escritos en y a Roma, «Una emoción verdadera»).

En particular, por sus peculiares usos métricos y su gusto por las formas más ceñidas, aclarado sucintamente por el propio Juárez cuando en la «Nota del autor» de esta antología precisa escribir «casi siempre de memoria». Y es que Juárez rara vez se vale de la silva libre impar, sobreabundante en la poesía española contemporánea; de hecho, su búsqueda de la espontaneidad como el fin de un largo camino de elaboración lingüística halla su complemento perfecto con el hecho de que sus poemas se reparten en dos grandes bloques formales: de los 108 que la antología incluye, hasta 31 son sonetos —poema estrófico del que, como explica Jauralde en su certero prólogo, Juárez logra sutilmente adueñarse, a partir de un muy aquilatado uso del encabalgamiento («De un diario ajeno»), aunque también mediante la ligera dislocación rítmica que supone la inclusión ciertas sinéresis («De un hombre cualquiera»), o a partir de diversas variaciones métricas («[Recuerdo ante la niebla silenciosa. . .]», «A mitad de la ladera», o el poema «iii» de «La novia nueva»);— por su parte, nada menos que otros 58 juegan con distintas combinaciones de arte menor, de la décima a la soleá, entre las que brilla el aprovechamiento que Juárez logra hacer de unas personalísimas composiciones aconsonantadas en pentasílabos y hexasílabos marca de la casa («Plaza nevada»): «Se va / sin prisa febrero, / como todo. Quiero / estar donde iré».

Análogamente, esta naturalidad expresiva, refractaria a toda trivialidad, da cauce a una gama de motivos temáticos igualmente tomada «del natural», como Juárez mismo confiesa, lo que contribuye a perfilar la personalidad de estos versos, arraigados a menudo en el espacio entrañable de la casa o el campo familiares («Sol de diciembre», «La viña silenciosa») y dirigidos a afirmar un paciente vitalismo que no rehúye la mirada a la certidumbre de la muerte («El refugio»). El amor conyugal («Aniversario»), la utilidad y el deslumbramiento de la poesía («Todavía»), o el compromiso cívico («Una sombra») son otros asuntos que merecen perdurables versos en este libro; no

faltan tampoco algunos homenajes (entre otros, a Blas de Otero en «Una fotografía de 1976») y son frecuentes —el propio Juárez lo explica— los versos ajenos reubicados aquí y allá, siempre de manera imperceptible, habida cuenta de la sabia y completa metabolización que de ellos se logra hacer; por su parte, «El otoño en María de la Miel» es un delicioso poema muy llamativo, pues actualiza con acierto un subgénero literario rara vez retomado en nuestra poesía desde el siglo xviii: la anacreónica.

La decantada orfebrería que estos poemas hacen evidente consigue que el libro se salve casi siempre de la monotonía a que pudiera inducir la repetición estrófica del soneto; del mismo modo, la delicadeza expresiva que orna estos textos logra esquivar, salvo en uno u otro caso inusual, algún exceso de tipismo, ya costumbrista («Soneto del vino», «Soneto de la duración», «Tres hombres»), ya poético («Pasar las cosas», sobre todo en «», pese a su rotundo final); parecidamente, acaso no falte quien se pregunte si en estos tiempos posmodernos todavía tiene sentido, como aquí, pretender atreverse a enunciar, siquiera con la mayor humildad, unos pocos versos hechos de tiempo y hondura sin distancia irónica ni resabio humorístico algunos, o si más bien ello nos aboca al anacronismo o el kitsch. Sea como fuere, por mi parte no tengo más respuesta que esta otra pregunta de Javier Almuzara, asimismo memorable: «¿Qué temerá del olvido / quien dice como ninguno / lo que todos han sentido?».

La vida en la mirada

FRANCISCO BARRIONUEVO

Josep M. Rodríguez
Ecosistema
Pre-Textos, 2015.

¿Qué tienen en común el dibujo interior de nuestros pulmones, la mesa en que dejamos la radiografía, el papel de las hojas del libro donde leemos estos poemas? Un territorio compartido y la memoria como transformación que nos iguala a todos como partes de un mismo árbol.

Así lo entiende Josep M. Rodríguez en su poema “Ramas”, incluido en ésta su primera an-

tología, que reúne, además de algunos inéditos, poemas de cuatro libros anteriores publicados por el autor entre 2002 y 2012 (*Frío, La caja negra, Raíz y Arquitectura y yo*).

Su título, *Ecosistema*, responde a una tendencia actual de titular los libros de poesía recurriendo a nombres expresivos y definitorios del contenido frente a los que llevan a la portada un destello poético que favorezca el efecto llamada hacia el interior. *Ecosistema* es ciertamente un título que viene bien, austeridad incluida, a un contenido que se caracteriza tanto por la fuerte personalidad y singularidad del conjunto como por la estrecha interrelación de sus elementos.

Uno de sus rasgos característicos es el predominio de lo permanente frente a lo cambiante, de manera que, pese a recoger la producción de diez años de creación poética, el conjunto, más que mostrar una miscelánea de diversas etapas, presenta la cohesión de un poemario. A ello contribuye el hecho de que los poemas se presenten formando un cuerpo continuo, sin que se agrupen en secciones separadas atendiendo a sus libros de procedencia. Solo al final se indica esta procedencia a modo de guía retrospectiva de lo ya leído.

Pero sobre todo, la cohesión interna de esta antología poemario (aquí *antología* sería el nombre sustantivo y *poemario*, el adjetivo) se basa en la estabilidad en el tiempo de los intereses del autor y de la forma de cristalización de su poesía, definida certeramente en el prólogo de José Andújar como “un astro de rotación lenta”.

Ecosistema en el que las ideas contenidas en el poema, aunque interactuando entre ellas, se presentan en un formato que resalta su autonomía y por tanto permiten su lectura como reunión de fragmentos de poemas, del mismo modo como la fábrica de algunos muros de piedra resalta la individualidad de sus sillares. Ideas-fragmentos que, unidas por la argamasa de silencios que los espacios en blanco le prestan a modo de aglutinante, se corresponden, desde la piel del poema, con la fragmentaria identidad del *yo* que sustentan y que a quien esto escribe le recuerdan, en su función, a formas semejantes en la poesía de G. Ungaretti.

No siempre cumplen una función separadora. A veces los espacios en blanco sirven a la elongación de la pausa entre la sístoles y diástoles de la respiración del poema, como en el comienzo de “Morgue”: “Porque todos los cuerpos / encierran

una historia, // quisiste ser forense.”

El uso de los blancos y la distribución de la escritura en el lienzo de la hoja, que parece traspasar a la letra impresa la espontaneidad de la versión manuscrita del autor, constituye un elemento al servicio de la expresividad, como ese *fluir* que se acentúa en la disposición de las palabras en “El corazón del bosque”: “Tras la tormenta, / el arroyo enfangado / fluye / pesadamente / como una babosa.”

Este mismo texto, con su brillante imagen —el arroyo de fango y su transformación metafórica en babosa— revela las coordenadas geográficas del ecosistema poético de Josep M. Rodríguez, un sustrato en el que predominan los elementos de la naturaleza. Árboles, charca, insectos, bosque, mar, nubes, oscuridad, nieve, lluvia, tigres, lobos... son algunos de los elementos de la realidad física que el acto de creación del poema va definiendo con exactitud y transformando metafóricamente en material de la subjetividad, subrayando los rasgos biográficos del *yo* que se apropia del mundo circundante en incesante búsqueda de su propia identidad: “Lo mismo que la lluvia busca el mar, / me regreso al origen” (“Pequeña digestión”).

Si se hace preciso resaltar el poema “Yo, o mi idea de yo” como paradigma de esta poesía, es porque en efecto encierra una idea fundamental de la misma: el entendimiento, por una parte, de la realidad —el bosque— como un sistema complejo formado de tantas individualidades distintas que su generalización empobrece, y por otro, la asintótica convergencia de la naturaleza hacia un *yo* con idéntica complejidad de personalidades distintas. El bosque es aquí una metáfora implícita de nuestra propia identidad entendida en una dimensión que engloba dentro de sí la alteridad. Al poema le viene encomendada la misión de transformar y diluir el *Otro* que nos habita en nosotros mismos. Dejar testimonio de nuestro paso a ciegas —como en el poema titulado “Extremos”—por la oscuridad de una habitación que se recorre entre el pasado y el futuro —y por tanto metáfora de la vida— tanteando con las manos las paredes.

En ocasiones la realidad exterior que sustenta el poema no viene del mundo físico sino de la experiencia vivida, como en los poemas de amor en el que la persona amada ocupa su lugar en un proceso idéntico de interiorización. “Y hablar de ti, / en el fondo, / también es una forma de egoísmo.”

(“Principio y fin”).

La corriente que atraviesa el poema, generada entre esos dos polos, mundo exterior y subjetividad, encuentra su hilo conductor en la metáfora, en esta poesía verdadero hilo de Ariadna, que transforma la realidad al desnudarla despojándola de algunos atributos para resaltar otros: aquellos que interesan como material de la sensación al penetrar en el territorio del yo: “Hace frío, // las sensaciones nacen en la piel, // son una lluvia lenta, / hacia adentro.” (“Necesidad”). Ese es también el papel de la palabra túnel en el último verso de la antología: “El dolor es un túnel: / hay salida.”

En el tránsito entre un origen en el que somos parte de un todo representado por la imagen del árbol y un destino que vuelve a simbolizar nuestra unión con él —según nos recuerda, quizás con más sensación de gozo que de dolor, Josep M. Rodríguez en “Madera”: “¿Cuál de vosotros / árboles / será sacrificado / para que no esté solo bajo la tierra dura?”

La certeza de estar ante una poesía que si en la superficie deslumbra por el brillo de sus imágenes, bajo su piel irradia una luz que nos permite ver uno de los más certeros y emocionantes retratos del *yo* de la poesía española de la actualidad.

La poesía de Miguel Ángel Zapata

ÁLVARO VALVERDE

Miguel Ángel Zapata

Hoy día es otro mundo

Valparaíso Ediciones, 2015.

Hoy día es otro mundo (Valparaíso Ediciones) es una antología que reúne poemas selectos del peruano Miguel Ángel Zapata (Piura, 1955), profesor principal de literaturas hispánicas en Hofstra University de Nueva York y editor, en esa ciudad, de *Vuela un cuervo sobre la luna. Muestra de poesía española contemporánea: 1959-1980*.

Con una cronología inversa, desde poemas recientes, de su libro inédito Uno escribe el poema caminando, hasta otros de dos de sus libros ya publicados: *El cielo que me escribe* (2002) y *Luz de la letra* (1997), Zapata ha armado un curioso artefacto que si por algo nos sorprende es por

la luminosa imaginación que destila. Inusual, sin duda, al menos en nuestro ámbito más cercano, el de la poesía en español que se escribe y publica en España. Eso y, de inmediato, la personalidad de su apuesta o, lo que es lo mismo, la originalidad de su voz. Quiero decir que, sin renunciar a los inevitables débitos que cualquier poeta del siglo XXI acarrea (baste mencionar a su paisano Vallejo), Zapata construye una casa distinta -de arquitectura exigente- cuya propiedad nadie va a poner en cuestión. No al menos este lector, rendido a la riqueza verbal y, ya digo, imaginativa que se despliega a través de versos que en muchas ocasiones son líneas de poemas en prosa. Poesía o prosa, poco importa, de clara impronta musical, pues que la música (a la que dedica no pocos poemas) es parte esencial en su vida.

La palabra selva puede adecuarse bien a lo que uno siente al leer a Zapata. Allí, metáforas, símbolos (ventana, rosa, casa, puente, puerta) epifanías, lo real llevado hasta su deseable surrealidad. Sí, porque debajo del a veces aparatoso desplazamiento de recursos uno escucha palabras gastadas: padre (léase "Uno escribe el poema caminado"), madre (léase el impresionante "La noria"), hijos (Cassandra, Analí, Chistian Miguel), mujer... Y loro, gata, perro, caballo, iguana, cuervo... Historias, diría, reconocibles, conformes a la experiencia de cualquiera que, sin embargo, brillan aquí bajo otra luz; que se dicen, mejor, como si fueran realmente extraordinarias. Una vez dijo: "Prefiero una poesía transparente, pero compleja".

Zapata, atiéndase al título de la parte inédita, escribe caminando. "Siempre de viaje", añade en un prefacio que no lo es. Con él recorreremos medio mundo: de su ciudad de residencia, que pasea a menudo, a sus tierras de origen; de Venecia, Montreal o París a no pocos lugares españoles: Barcelona, Logroño...

Zapata, en tanto que poeta, es un agudo observador: "es la vida que me cae sobre los ojos". Va siempre "con la poesía del brazo".

También se dejan ver con frecuencia reflexiones sobre la propia escritura, algo inevitable si tenemos en cuenta su vocación didáctica y su condición de estudioso: "La hora del poema", "Escribo en la ventana", "El espacio del poema es un río"...

Destacaré además la sensualidad que destilan algunos poemas, como por ejemplo "Tobillos",

aunque no sea el único donde el erotismo se eleva a la categoría de arte.

"Cada día siempre es otro mundo", reza un verso suyo, que no deja de ser una poética. Y eso advertimos al leer esta pertinente antología que pone la feliz, vital y celebratoria poesía de Zapata (que publicó en 2011 y en la sevillana Sibila *Fragmentos de una manzana y otros poemas*) al alcance del lector español.

VERÓNICA ARANDA (Madrid, 1982) es autora de los libros *Poeta en la India* (2005), *Tatuaje* (2005), *Alfama* (2009), *Postal de olvido* (2010) y *Cortes de luz* (2010). • **SERGIO ASTORGA** es poeta y pintor mexicano residente en Oporto. Ha publicado en suplementos culturales y revistas textos y dibujos, así como el libro de poemas *Temporal*. • **LUIS BAGUÉ QUÍLEZ** ha sido codirector de la revista *Ex Libris* y es crítico de poesía en el suplemento *Babelia*. Su último poemario es *Paseo de la identidad* (Premio Emilio Alarcos). • **ENRIQUE BALTANÁS** ha sido profesor de Literatura Española de la Universidad de Sevilla. Ha publicado varios libros de poemas y de traducciones, así como ensayos y biografía. Con *Las propiedades del aire* obtuvo en 2014 el Premio Unicaja de Poesía. • **JOSÉ MARÍA BANÚS** (Sevilla, 1980) es pintor y poeta. • **FRANCISCO BARRIONUEVO** publicó una selección de su obra en *3 poetas sevillanos. Antología* (2012). Posteriormente ha publicado *Celebración de la huella* (2014). • **AMALIA BAUTISTA** (Madrid, 1962) publicó *Cárcel de amor* en 1988. Desde entonces han aparecido varios libros suyos. *Falsa pimienta* es de 2013. *Cuéntamelo otra vez* (1999) le valió el Premio de la Crítica. • **JESÚS BEADES** es poeta y músico sevillano. Sus libros son *Tierra firme* (2009, Premio Gerardo Diego), *Centinelas* (2003) y *La ciudad dormida* (2004). • **SUSANA BENET** es pintora y poeta valenciana. Destacada autora de haikus, también publica otros poemas. Acaba de aparecer en Medellín (Colombia) su libro *Lo olvidado*. • **ISABEL CADENAS CAÑÓN** ha publicado *Irse* (2010) y *También eso era el verano* (2014). • **ROCÍO CERÓN** (Ciudad de México, 1972) apuesta por el diálogo entre poesía, acción, vídeo y música. Ha publicado *Basalto* (2002), que obtuvo el Premio Nacional de Literatura Gilberto Owen 2000, *Soma* (2003), *Imperio/Empire* (2009), *Tiento* (2010), *El ocre de la tierra* (2011) y *Diorama* (2013). • **EFI CUBERO** (Granja de Torrehermosa, Badajoz) reside en Barcelona. Sus libros de poesía incluyen *Estados sucesivos* (2008), *Condición del extraño* (2013) y *Punto de apoyo* (2014). • **MIGUEL FLORIANO** (Oviedo, 1995) es autor de los libros *Diablos y virtudes* (2013), *Tratado de identidad* (2015). El poema aquí publicado es un anticipo de *Quizá el fervor* (2015). • **DANIEL GARCÍA FLORINDO** (Córdoba, 1971) ha prologado y editado la *Poesía Completa* de Juan Bernier. Entre sus libros de poesía están *Cuadernos de Lisboa* (2011) y *Las nubes transitorias* (2015). • **AITOR FRANCOS** (Bilbao, 1986) ha publicado los poemarios *Igloo* (Premio Surcos, 2011), *Libro de las invitaciones* (2013) y *Un lugar en el que nunca he escrito* (2013). • **ERNESTO FRATTAROLA** (Barcelona, 1965) ha publicado *Herido mármol* en 2014 y, este año, *Uno* (del que el poema aquí reproducido es un adelanto). • **FRANCISCO GÁLVEZ** (Córdoba, 1945) es autor de varios libros de poesía, el más reciente de los cuales es *El oro fundido* (2015). Por *Tránsito* (1994), obtuvo el Premio Anthropos, y por *El paseante* (2005) el Ricardo Molina. • **CARMEN GARRIDO** (Fernán Núñez, 1978) reside en Madrid. Es autora de *Garum* (2011) y *El parteluz*. Ganó el Premio Andalucía Joven 2008 con *La hijastra de Job*. • **ANA GORRÍA** (Barcelona, 1979) ha publicado *Clepsidra* (2014), *Araña* (2005), *El presente desnudo* (2011) y *La soledad de las formas* (2013). • **VICTORIA GUERRERO PEIRANO** (Lima, 1971) ha reunido en 2013 su poesía en *Documentos de barbarie* (2002-2012). • **ALEJANDRO LÉRIDA** (1979) ha publicado libros de poemas y haikus. El más reciente, *Viaje alrededor de Sonia* (2015). • **JOSÉ LUNA BORGE** (Sahagún, León, 1952) es crítico y diarista. Dirigió el suplemento *La Mirada* de El Correo de Andalucía. Ha publicado varios libros de verso y prosa. • **CHANTAL MAILLARD** (Bruselas, 1951) se trasladó con trece años a España, acompañando a sus padres. Ha publicado numerosas obras de ensayo y de poesía. La más reciente de estas es *La herida en la lengua* (2015). En 2004 recibió el Premio Nacional de Poesía por *Matar a Platón*. • **ANTONIO MANILLA** (León, 1967) es historiador y periodista. Como poeta, obtuvo en 2002 el Premio Emilio Prados por *Canción gris*, y acaba de ganar el Premio Ciudad de Salamanca de Poesía con *El lugar en mí*. Su más reciente poemario publicado es *Broza* (2014). • **MIGUEL MAS** (Valencia, 1955) es autor de varios libros de poemas. Debutó en 1977 con el poema extenso *Frágil ciudad del tiempo*. Otros libros suyos son *Las ocasiones perdidas* (1990) y *Amanecer clandestino* (1998). • **CONSTANTINO MOLINA** (Albacete, 1985). Ha sido galardonado con el Premio Jóvenes

Artistas de Castilla-La Mancha (2011) y el Premio Nacional de Poesía Joven Ciudad de Albacete (2012). Recogido en antologías, con *Las ramas del zarzal* ganó en 2014 el Premio Adonáis. • **FABIO MORÁBITO** (Alejandría) tuvo el italiano como primera lengua hasta los quince años, edad a la que marchó con su familia a México, donde es profesor en la UNAM. Poeta y narrador, su último libro de versos es *Delante de un prado una vaca*. En 2012 apareció *Ventanas encendidas. Antología poética*. • **RODRIGO OLAY** (Noreña, Asturias, 1989) es autor de *Cerrar los ojos para verte* (Premio Asturias Joven 2010 y Premio de la Crítica de Asturias del mismo año) y *La vispera* (2014). • **CHUS PATO** es una poeta orensana. Con *Hordas de escritura* ganó el Premio de la Crítica de poesía gallega 2008. De 2013 es *Carne de Leviatán*. • **ERNESTO PÉREZ ZÚÑIGA** (Madrid, 1971) es narrador y poeta. En este género ha publicado *Calles para un pez* (2002), *Cuadernos del hábito oscuro* (2008) y *Siete caminos para Beatriz* (2014). • **PETRARCA** (1304-1374) es uno de los poetas fundamentales de la tradición occidental, autor de *Triunfos* y *Cancionero*. Compuso además numerosas obras en latín. • **BENITO DEL PLIEGO** (Madrid, 1970) ha publicado los siguientes libros de poemas: *Fisiones* (1997), *Alcance de la mano* (1998), *Índice* (2004 y 2011), *Merma* (2009), *Muesca* (2010) y *Fábula* (2012). Es autor asimismo de ensayos, ediciones, antologías y traducciones. Es profesor de Appalachian State (EEUU). • **ANTONIO PRAENA** (Granada, 1973) ha publicado *Humo verde* (2003), *Poemas para mi hermana* (accésit del Adonáis, 2007), *Actos de amor* (Premio José Hierro, 2011) y *Yo he querido ser grúa muchas veces* (2013). • **CECILIA QUÍLEZ** (Algeciras, 1965), reside en Madrid. Ha publicado los libros de poesía *La posada del dragón*, *Un mal ácido*, *El cuarto día*, **Vísteme de largo** y *La hija del capitán Nemo*. • **JOSÉ DE MARÍA ROMERO BAREA** (Córdoba, 1972) es crítico, novelista y poeta. Miembro del consejo de redacción de la revista de literatura *Nueva Grecia*, su más reciente libro de poesía es *Talismán* (2012). • **JOSÉ CARLOS ROSALES** (Granada, 1952) ha publicado los libros de poemas *El buzo incorregible* (1988 y 1996), *El precio de los días* (1991), *La nieve blanca* (1995), *El horizonte* (2003; Premio de Poesía Ciudad de San Fernando), *El desierto, la arena* (2006), y *Poemas a Milena* (Valencia, 2011; Premio Internacional de Poesía Gerardo Diego). En 2013, se editó su antología *Un paisaje*; selección y prólogo de Erika Martínez). • **SANDRA SÁNCHEZ** nació en Oviedo en 1971, donde reside. Ha publicado poemas y microrrelatos en revistas y antologías y ha sido finalista en varios concursos. • **PEDRO S. SANZ** (Sevilla, 1970) reside en Jerez. Ha publicado seis libros de poemas, el más reciente de los cuales es *La templa y otros georemas* (2013). • **PEDRO SERRANO** (Montreal, 1957) es un poeta mexicano. Ha publicado *El miedo* (1986), *Ignorancia* (1994), *Turba* (2005), *Desplazamientos* (2006) y *Nueces* (2009). *La construcción del poeta moderno: T. S. Eliot y Octavio Paz* se publicó en 2011. Dirige el *Periódico de Poesía de la UNAM* y es profesor en la UNAM. • **FRANCISCO SOCAS** ha sido catedrático de la Universidad de Sevilla. Ha traducido a Lucrecio, Ovidio, Juvenal y Marcial. Con *Séneca, cortesano y hombre de letras*, ganó en 2008 el Premio Antonio Domínguez Ortiz de Biografía. • **JENARO TALENS** (Tarifa, 1946), es autor de una obra extensa en los campos del ensayo y la traducción, además de la poesía, iniciada con *En el umbral del hombre* (1964). *Viaje al fin del invierno* (1997) obtuvo el Premio Loewe. • **SARA TORRES** (Gijón, 1991) ganó con *La otra genealogía* el Premio Gloria Fuertes de Poesía Joven. Es actualmente becaria de la Fundación Gala en Córdoba. • **BALLERINA VARGAS TINAJERO** (Sevilla, 1976) es licenciada en Periodismo. Ha trabajado en varios medios de comunicación y es profesora de Lengua y Literatura de Secundaria. Acaba de publicar *Antolejía. Poemas para limpiar el váter*. • **ÁLVARO VALVERDE** (Plasencia, 1959) ganó el Premio Loewe con *Una oculta razón* (1991). Su último libro de poemas es *Más allá, Tánger* (2014). Publica diariamente un muy leído blog literario. • **JUAN JOSÉ VÉLEZ OTERO** (Sanlúcar de Barrameda, 1957) ha publicado nueve libros de poesía, el más reciente de los cuales es *En el solar del nómada* (2014). Ha traducido, entre otros, a Jane Kenyon y Donald Hall. • **EZEQUIEL ZAIDENWERG** (Buenos Aires, 1981) ha publicado *Doxa* en 2008 y *La lírica está muerta* en 2011. Reside en Nueva York, donde es profesor y traductor.

**Centro de Iniciativas Culturales
de la Universidad de Sevilla (CICUS)**

Directora

Concepción Fernández Martínez

ESTACIÓN POESÍA

Dirección

Antonio Rivero Taravillo

Comité asesor

**Enrique Baltanás, Juan Bonilla, Luis Alberto de Cuenca,
Ana Gorría, Ioana Gruia y Aurora Luque**

Coordinación técnica

Juan Diego Martín Cabeza

Diseño

F. Javier Martínez Navarro

Imprime

Imprenta Sand

ISSN 2341-2224

DL SE 618-2014

Contacto y suscripciones

estacionpoesia@us.es

C/Madre de Dios, 1. 41004 Sevilla

© 2015 *Secretariado de Publicaciones Universidad de Sevilla*

© *De los textos, sus autores*

Todos los textos son inéditos.

Estación Poesía agradece el envío de colaboraciones no solicitadas,
pero no puede mantener correspondencia sobre las mismas.